



SOCIEDAD DE AUTORES
INDEPENDIENTES

Por una verdadera Revolución Editorial

Umbral

Revista Literaria

Maestros:

Virginia Woolf



Blasco Ibáñez



Grimāraes Rosa



Ricardo Palma



Ortega y Gasset



Ilustración: Fragmento de la obra "Reptiles" de M.C. Escher (1943)



Colaboraciones:

Andrés Sepúlveda

Henry Govany Aguiar

Álvaro Torres-Calderón

Francisco Vernet

Lizandro Samuel

Aylén Martínez

Efraín Nadal

Eric J. Lagarrigue

Víctor G. Pardo

Manuel A. González

Marino Liso

Proyectos en puerta

Como ya lo había comentado en la nota editorial del mes de marzo, llevar a cabo proyectos de forma cooperativa entre autores ubicados en diferentes países es complicado. No obstante, esa misma cooperación hace que dichos proyectos sean posibles.

SAINDE, además de trabajar en pro de su manifiesto y de buscar proyectar la voz de los autores independientes a través de su revista *Umbral*, también se pone metas que conectan el hilo literario y cultural que se ha ido definiendo a lo largo de los primeros seis meses de funcionamiento de la sociedad. **SAINDE** es, digamos, una entidad que va tomando cuerpo mientras sus propios asociados hacen presencia y sus lectores y seguidores hacen eco de su trabajo. Por sí sola la asociación ha ido explorando la posibilidad y el alcance que puede tener a corto y a mediano plazo utilizando, claro está, las redes sociales y la difusión boca en boca de sus propios miembros.

Por ello, y después de ver la gran acogida de la sociedad y la *revista Umbral* en el mundo digital que nos acompaña, se ven en puerta algunos proyectos. Primeramente, en nuestra página web acabamos de implementar una red social, “**Comunidad SAINDE**”, la cual, con una interfaz amigable, se vislumbra como una herramienta para establecer lazos más directos entre los asociados, para compartir inquietudes, novedades y sobre todo ideas innovadoras que permitan el crecimiento del grupo y la sociedad. De allí que próximamente se utilice para preparar, desarrollar y efectuar concursos literarios. Ya entendiendo la disponibilidad y disposición de los asociados a **SAINDE** y la recepción y apoyo que los lectores le brindan, han surgido ideas para llevar a cabo actividades que involucren más aun a nuestra audiencia dentro del desarrollo de **SAINDE** y por ende de la *revista Umbral*. De esta forma, compartimos con agrado para todos ustedes, el novedoso hecho de que pronto se convocará al primer concurso, el cual se desarrollará dentro del marco de la tecnología y la nueva tendencia literaria hacia la microficción. La *revista Umbral* servirá además de vínculo entre la producción creativa de los asociados y la recién estrenada **Comunidad SAINDE** apuntalará la comunicación entre miembros y hasta un sistema de votaciones.

Creo que **SAINDE** ha encontrado un lugar común en el cual dialogar, hacia sus adentros y

hacia afuera. Con miras, asimismo, de expandir esa mirada hacia afuera, también estamos trabajando en incorporar más actividad hacia las artes gráficas. El trabajo de la Comisión Técnica, plasmado por supuesto en el diseño de la página así como en el de *Umbral*, siempre recibe un gran número de halagos; muy merecidos, en mi opinión. **SAINDE** por ello, además de estar asentando la voz de los autores independientes a través de la palabra escrita, también se encuentra posicionándose visualmente. Las portadas de **UMBRAL** son esperadas por nuestra audiencia tanto como su contenido narrativo, poético y dramático. De allí que invitamos a diseñadores también a participar del desarrollo de la sociedad y posteriormente de un concurso que involucrará creatividad gráfica.

Es para mí un honor seguir siendo parte de este grupo y poder ver cómo va creciendo. ¡Manténganse atentos a las próximas novedades que **SAINDE** y *Umbral* tendrán para ofrecerles!

Naida Saavedra
Comisión Directiva



Umbral
Revista Literaria
Órgano oficial de la Sociedad
de Autores Independientes

Año 1 - Número 5 - Marzo del 2014

Dirección general: Naida Saavedra
Corrección y estilo: Eric J. Lagarrigue
Composición y diseño: Álvaro Díaz
Imagen de portada: M.C. Escher

Colaboradores de esta edición

Marino Liso Naida Saavedra Lizandro Samuel
Henry G. Aguiar Eric J. Lagarrigue Aylén Martínez
Franciaco Vernet Álvaro Torres-Calderón
Efraín Nadal Manuel González Andrés Sepúlveda

Contacto: revista@sainde.org

Los derechos sobre el contenido incluido pertenecen a **SAINDE** o a sus respectivos autores. Las opiniones expresadas en los artículos publicados pertenecen a sus respectivos autores y no necesariamente representan la opinión de **SAINDE**.

Índice de contenido

Editorial

Nota editorial (*Naida Saavedra*) 1

Cuentos

Lanza la moneda (*Henry Govani Aguiar*) 3

Buscando a leyenda (*Lizandro Samuel*) 9

Su voz (*Efraín Nadal*) 10

Sueños y señales (*Aylén Martínez*) 16

El hada y el fantasma (*Marino Liso*) 19

El primordial - Cap. 2 (*Eric J. Lagarrigue*) 23

Aún como ayer (*Francisco Vernet*) 35

Poesía

Vida express y no morir en el intento
(*Álvaro Torres-Calderón*) 8

Aquella epopeya (*Manuel A. González*) 8

Soledad ¿a qué has venido? (*Andrés Sepúlveda*) 26

De entre valles y crestas (*Francisco Bernet*) 27

Maestros

El maniquí

(*Vicente Blasco Ibáñez*)

de "La condenada y otros cuentos" (1900) 4

La tercera orilla del río

(*João Guimarães Rosas*)

del libro "Primeiras estórias" (1962) 13

La casa encantada

(*Virginia Woolf*)

de "A Haunted House and Other Short Stories" (1844) 21

Por beber una copa de oro

(*Ricardo Palma*)

de la 3ra. serie de "Tradiciones peruanas" (1875) 28

Dan-Auta

(*José Ortega y Gasset*)

Publicado en "El Espectador" (1925) 31

Teatro

La exagerada en "Nadie muere mocho"

(*Víctor Gabriel Pardo*) 29



El derecho universal a la cultura y al acceso a la información es inalienable y no debemos renunciar a él, por ser un medio imprescindible para el crecimiento moral e intelectual de la sociedad.

Sociedad de Autores Independientes

Lanza la moneda

Respiración contenida, ceño fruncido, mi pecho a punto de reventar y con la presión subiendo a la cabeza que poco a poco se llena no solo de miles de pensamientos y probabilidades, sino de un deseo incontenible de ver todo volar por los aires. Los aires, es allí donde he puesto hoy mi futuro, veo cómo el metal va formando una espiral ascendente mientras teje mi destino, como cual araña que teje el nido para que su presa caiga rendida ante ella mientras se desplaza libremente hasta sentir las ataduras que marcan el fin de su camino, dichoso insecto, sentirse libre, en eso me diferencio, porque siento como mis pies están anclados a este suelo, y a medida que la espiral va ganando espacio al vacío, parece que la gravedad se ha ensañado conmigo y me siento prisionero sin reja alguna a la que abatir para desahogar mi frustración.

El verdugo lentamente retira su mano rindiendo pleitesía a lo que el azar decida, entonces veo el destello de la plata negándose a subir un poco más, ¡maldita prisión que sujeta mis pies!, ha hecho presa también al inerte metal que se desploma a una velocidad vertiginosa, ahora con torpes vueltas a las que el frío cemento espera con ansias para lanzarme sobre el hilo de la araña que devorará mis entrañas sin compasión.

Miradas atentas, ojos cerrados, bocas hambrientas de un resultado que derrumbará toda mi vida, —solo una mano más— me dije, como me había dicho decenas de veces, pero él ponía las reglas, y ahora, una asquerosa moneda que no puede comprar ni una mísera miga de pan, será quien decida el futuro del regalo máspreciado que esta vida me dio, mi inocente Laila, cómo no me di cuenta que esto no era más que otro engaño de esta hiena sedienta sentada delante de mí, ni se ha molestado en ponerse de pie, con cada carcajada inclusive puedo ver las motas características del carroñero animal, ¿¿por qué tuve que incluirte en tan jugoso botín?!, no tenía derecho, mi adolescente niña ¿Cómo podré verte a los ojos? Y lo que es peor ¿qué verán tus ojos de ahora en adelante?

Siento la cabeza como si chocara contra un tren a toda velocidad, un silbido ensordecedor que me aturde poco a poco, miserable metal, a un palmo del suelo a punto de dar su veredicto. Resonancia de un palpitar acelerado que no puede más, silencio total. Todos atentos para ver el resultado del azar, de repente, un estruendo llama toda la atención, y el sonido seco y hueco de mi cráneo contra el frío hormigón retumba en el ambiente, inerte en el acto. En el último

segundo todos los ojos cambiaron su rumbo, el metal frío como su interior cayó sin que nadie fuera testigo de la decisión del azar, ensordecido fue su chasquido, y rodó lentamente zigzagueando buscando las cloacas, en donde habitará hasta que llegue el momento de su próximo juego, de reclamar su próxima recompensa, vida por vida. Laila nunca supo el resultado del azar, la suerte ya estaba echada, la deuda ha sido pagada.

Henry Govani Aguiar
Pretoria - Ecuador - 1975



*Reside en Guixols, Catalunya
Escritor de cuentos y novelas.
También es artista plástico,
dedicado particularmente a
la pintura.*

El maniquí

Nueve años habían transcurrido desde que Luis Santurce se separó de su mujer. Después la había visto envuelta en sedas y tules en el fondo de elegantes carruajes, pasando ante él como un relámpago de belleza, o la había adivinado desde el paraíso del Real, allá abajo, en un palco, rodeada de señores que se disputaban el murmurar algo a su oído para hacer gala de una intimidad sonriente.

Estos encuentros removían en él todo el sedimento de la pasada ira: había huido siempre de su mujer como enfermo que teme el recrudecimiento de sus dolencias, y sin embargo, ahora iba a su encuentro, a verla y hablarla en aquel hotel de la Castellana, cuyo lujo insolente era el testimonio de su deshonra.

Los rudos movimientos del coche de alquiler parecían hacer saltar los recuerdos del pasado de todos los rincones de su memoria. Aquella vida que no quería recordar, iba desarrollándose ante sus ojos cerrados: su luna de miel de empleado modesto casado con una mujer bonita y educada, hija de una familia venida a menos; la felicidad de aquel primer año de pobreza endulzado por el cariño; después, las protestas de Enriqueta revolviéndose contra la estrechez; el sordo disgusto al oírse llamar hermosa por todos y verse humildemente vestida; los disgustos surgiendo por el más leve motivo; las reyertas a media noche en la alcoba conyugal; las sospechas royendo poco a poco la confianza del marido, y de repente el ascenso inesperado, el bienestar material colándose por las puertas, primero tímidamente, como evitando el escándalo; después con insolente ostentación, como creyendo entrar en un mundo de ciegos, hasta que ya por fin Luis tuvo la prueba indudable de su desgracia. Se avergonzaba al recordar su debilidad. No era un cobarde, estaba seguro de ello, pero le faltaba voluntad o la amaba demasiado, y por esto, cuando tras un vergonzoso espionaje se convenció de su deshonra, solo supo levantar la crispada mano sobre aquella hermosa cara de muñeca pálida, y acabó por no descargar el golpe. Solo tuvo fuerzas para arrojarla de la casa y llorar como un niño abandonado apenas cerró la puerta.

Después, la soledad completa, la monotonía del aislamiento, interrumpida por noticias que le hacían daño. Su mujer viajaba por el centro de Europa como una princesa; un millonario la había lanzado; aquella era su verdadera existencia, para aquello había nacido. Todo un invierno llamó la atención en París; los periódicos hablaban de la hermosa española; sus triunfos en las playas de moda eran ruidosos, se buscaba como un honor arruinarse por ella, y varios duelos y ciertos rumores de suicidio formaban en torno de su nombre un ambiente de leyenda. Después de tres años de correría triunfal, volvió a Madrid, acrecentada su hermosura por el extraño encanto del cosmopolitismo. Ahora la protegía el más rico negociante de España, y en su espléndido hotel reinaba sobre una corte solo de hombres: ministros, banqueros, políticos influyentes, personajes de todas clases que buscaban su sonrisa como la mejor de sus condecoraciones.

Tan grande era su poder, que hasta Luis creía sentirlo en torno de su persona, viendo que se sucedían las situaciones políticas sin que le tocasen su empleo. El miedo a combatir por el sostenimiento de la vida le hacía aceptar aquella situación, en la que adivinaba la mano oculta de Enriqueta. Solo y condenado a trabajar para vivir, sentía, sin embargo, la vergüenza del miserable que tiene como único mérito ser esposo de una mujer hermosa. Todo su valor

consistía en huir cuando la encontraba a su paso, insolente y triunfadora en su deshonra; huir perseguido por aquellos ojos que se fijaban en él con sorpresa, perdiendo su altivez de mujer codiciada.

Un día recibió la visita de un cura viejo y de aspecto tímido; el mismo que ahora iba sentado junto a él en el coche. Era el confesor de su mujer. ¡Bien había sabido escogerlo! Un señor bondadoso, de cortos alcances. Cuando dijo quién le enviaba, Luis no pudo contenerse: «¡Valiente tal!», y soltó redondo el insulto. Pero imperturbable el buen viejo, como quien trae aprendido el discurso y lo teme olvidar si tarda en soltarlo, le habló de Magdalena pecadora; del Señor, que siendo quien era, la había perdonado; y pasando al estilo llano y natural, contó la transformación sufrida por Enriqueta. Estaba enferma; apenas si salía de su hotel; una enfermedad que roía sus entrañas, un cáncer al que había que domar con continuas inyecciones de morfina para que no la hiciera desfallecer y rugir de dolor con sus crueles arañazos. La desgracia la había hecho volver sus ojos a Dios; se arrepentía del pasado, quería verle...

Y él, el hombre cobarde, saltaba de gozo al oír esto, con la satisfacción del débil que se ve vengado. ¡Un cáncer!... ¡El maldito lujo que se pudría dentro de ella, haciéndola morir en vida! Y siempre tan hermosa, ¿verdad? ¡Qué dulce venganza!... No; no iría a verla. Era inútil que el cura buscara argumentos. Podía visitarle cuando quisiera y darle noticias de su mujer: aquello le alegraba mucho; ahora comprendía por qué los hombres son malos.

Desde entonces el cura le visitaba casi todas las tardes, para fumar unos cuantos cigarros, hablando de Enriqueta, y alguna vez salían juntos, paseando por las afueras de Madrid como antiguos amigos.

La enfermedad avanzaba rápidamente; Enriqueta estaba convencida de que iba a morir. Quería verle para implorar su perdón; así lo pedía, con tono de niña caprichosa y enferma que exige un juguete. Hasta el otro, el protector poderoso, dócil a pesar de su omnipotencia, le suplicaba al cura que llevase al hotel al marido de Enriqueta. El buen viejo hablaba con fervor de la conmovedora conversión de la señora, aunque confesando que el maldito lujo, perdición de tantas almas, todavía la dominaba. La enfermedad la tenía prisionera en su casa; pero en los momentos de calma, cuando el pícaro dolor no la hacía ir de un lado a otro como una loca, hojeaba catálogos y figurines de París, escribía a sus proveedores de allá, y rara era la semana en que no llegaban cajones con las últimas novedades: trajes, sombreros y joyas que, después de contemplados y manoseados un día en el cerrado dormitorio, caían en los rincones o se ocultaban para siempre en los armarios, como juguetes inútiles. Por todos estos caprichos pasaba el otro, con tal de ver a Enriqueta sonriente.

Estas continuas confidencias hacían penetrar lentamente a Luis en la vida de su mujer; seguía de lejos el curso de su enfermedad y no pasaba día sin que mentalmente se rozase con aquel ser, del que se había apartado para siempre.

Una tarde se presentó el cura con desusada energía. Aquella señora estaba en las últimas, le llamaba a gritos; era un crimen negar el último consuelo a una moribunda, y él no lo consentía. Sentíase capaz de llevárselo a viva fuerza. Luis, vencido por la voluntad del viejo, se dejó arrastrar y subió a un coche, insultándose mentalmente, pero sin fuerzas para retroceder... ¡Cobarde! ¡Cobarde para siempre!

En pos de la negra sotana atravesó el jardín del hotel que tantas veces, al pasar por el inmediato paseo, había espiado con miradas de odio... Y ahora, nada; ni odio ni dolor: un vivo sentimiento de curiosidad, como el que entra en país desconocido, paladeando anticipadamente

las maravillas que espera ver.

Dentro del hotel la misma impresión de curiosidad y asombro. ¡Ah, miserable! ¡Cuántas veces, en los ensueños de su voluntad impotente, se había visto entrando en aquella casa como un marido de drama, el arma en la mano para matar a la esposa infiel, y destrozando después, como una fiera loca, los muebles costosos, los ricos cortinajes, las mullidas alfombras! Y ahora la blandura que sentía bajo sus pies, los bellos colores por los que resbalaba su mirada, las flores que le saludaban con su perfume desde los rincones, causábanle una embriaguez de eunuco, y sentía impulsos de tenderse en aquellos muebles, de tomar posesión, como si le pertenecieran, por ser de su mujer. Ahora comprendía lo que era la riqueza y con qué fuerza pesaba sobre sus esclavos. Estaba ya en el primer piso, y ni siquiera había percibido, en la calma solemne del hotel, ninguno de esos detalles con que se revela la muerte al entrar en una casa.

Vio criados tras cuya máscara impasible creyó percibir un gesto de curiosidad insolente: una doncella le saludó con enigmática sonrisa, que no se sabía si era de simpatía o de burla para «el marido de la señora»; creyó distinguir en una habitación inmediata un señor que se ocultaba (tal vez era el otro); y aturdido por aquel mundo nuevo, atravesó una puerta, empujado suavemente por su guía.

Estaba en el dormitorio de la señora: una habitación sumida en suave penumbra, que rasgaba una faja de sol filtrándose por un balcón entreabierto.

En medio de este rayo de luz estaba una mujer erguida, esbelta, sonrosada, vestida con un hermoso traje de soirée, las nacaradas espaldas surgiendo de entre nubes de blondas, y el pecho y la cabeza deslumbrantes con el centelleo de las joyas. Luis retrocedió asombrado, protestando de la farsa. ¿Aquella era la enferma? ¿Le habían llamado para insultarle?

-¡Luis... Luis!... -gimió tras él una voz débil, con entonación infantil y suave, que le recordaba el pasado, los mejores instantes de su vida.

Sus ojos, acostumbrados ya a la oscuridad, vieron en el fondo de la habitación algo monumental e imponente como un altar: una cama con gradas, y en la cual, bajo los ondulantes cortinajes, se incorporaba trabajosamente una figura blanca.

Entonces se fijó en la mujer inmóvil, que parecía esperarle con su esbelta rigidez y sus ojos de vaga mirada, como empañados por lágrimas. Era un artístico maniquí que guardaba cierta semejanza con Enriqueta. Le servía para poder contemplar mejor aquellas novedades que continuamente recibía de París. Era el único actor de las representaciones de elegancia y riqueza que se daba a solas para remedio de su enfermedad.

-¡Luis... Luis!... -volvió a gemir la vocecita desde el fondo de la cama.

Tristemente fue Luis hacia ella para verse agarrado por unos brazos que le apretaron convulsivamente y sentir una boca ardorosa que buscaba la suya, implorando perdón, al mismo tiempo que en una mejilla recibía la tibia caricia de las lágrimas.

-Di que me perdonas; dilo, Luis, y tal vez no me muera.

Y el marido, que instintivamente intentaba repelerla, acabó por abandonarse entre aquellos brazos, repitiendo sin darse cuenta las mismas palabras cariñosas de los tiempos felices. Ante sus ojos, habituados a la oscuridad, iba marcándose con todos sus detalles el rostro de su mujer.

-¡Luis, Luis mío! -decía ella sonriendo en medio de las lágrimas-. ¿Cómo me encuentras? Ya

no soy tan hermosa como en nuestros tiempos de felicidad... cuando yo aún no era loca. Dime, ¡por Dios! dime qué te parezco.

Su marido la miraba con asombro. Hermosa, siempre hermosa, aquella belleza infantil e ingenua que tan temible la hacía. La muerte aún no estaba allí: únicamente por entre el suave perfume de aquella carne soberana, de aquel lecho majestuoso, parecía deslizarse un vaho sutil y lejano de materia muerta, algo que delataba la interior descomposición que se mezclaba en sus besos.

Luis adivinó la presencia de alguien detrás de él. Un hombre estaba a pocos pasos, contemplándolos con expresión confusa, como atraído allí por un impulso superior a la voluntad que le avergonzaba. El marido de Enriqueta conocía, como media nación, la austera cara de aquel señor ya entrado en años, hombre de sanos principios, gran defensor de la moral pública.

-¡Dile que se vaya, Luis! -gritó la enferma-. ¿Qué hace ahí ese hombre? Yo solo te quiero a ti... solo quiero a mi marido. Perdóname... fue el lujo, el maldito lujo: necesitaba dinero, mucho dinero; pero amar... solo a ti.

Enriqueta lloraba mostrando su arrepentimiento, y aquel hombre lloraba también, débil y humilde ante el desprecio.

Luis, que tantas veces había pensado en él con arrebatos de cólera, y que al verle había sentido impulsos de arrojarse a su cuello, acabó por mirarle con simpatía y respeto. ¡También la amaba! Y la comunidad en el afecto, en vez de repelerlos, ligaba al marido y al otro con una simpatía extraña.

-Que se vaya, que se vaya -repetía la enferma con una terquedad infantil.

Y su marido miraba al hombre poderoso con expresión suplicante, como si pidiera perdón para su mujer, que no sabía lo que decía.

-Vamos, doña Enriqueta -dijo desde el fondo de la habitación la voz del cura-. Piense usted en sí misma y en Dios: no incurra en el pecado de soberbia.

Los dos hombres, el marido y el protector, acabaron por sentarse junto al lecho de la enferma. El dolor la hacía rugir, había que darle frecuentes inyecciones, y los dos acudían solícitos a su cuidado. Varias veces se tropezaron sus manos al incorporar a Enriqueta, y no los separó una repulsión instintiva; antes bien, se ayudaban con efusión fraternal.

Luis encontraba cada vez más simpático a aquel buen señor, de trato tan llano a pesar de sus millones, y que lloraba a su mujer más aún que él. Durante la noche, cuando la enferma descansaba bajo la acción de la morfina, los dos hombres, compenetrados por aquella velada de sufrimientos, conversaban en voz baja, sin que en sus palabras se notara el menor dejo de remoto odio. Eran como hermanos reconciliados por el amor.

Al amanecer murió Enriqueta repitiendo: «¡Perdón! ¡perdón!». Pero su última mirada no fue para el marido. Aquel hermoso pájaro sin seso levantó el vuelo para siempre acariciando con los ojos el maniquí de eterna sonrisa y mirada vidriosa; el ídolo del lujo, que erguía cerca del balcón su cabeza hueca, sobre la cual, con infernal fulgor, centelleaban los brillantes, heridos por la azulada luz del alba.

*Vicente Blasco
Ibáñez*

*Valencia - España - 1867
Menton - Francia - 1928*

*Relato publicado en el libro
"La condenada y otros cuentos"
(1900)*



Vida express y no morir en el intento

“Y Buenos Aires es un bicho que camina, ensortijado entre los sueños y la confusión.” *Rodolfo Paez (Buenos Aires)*

La cantina social andaba vacía,
ninguna cara conocida
se había aparecido.
El bartender lo miraba con compasión y
le mandó un mensajito de los eventos
que harían en la semana.
Una nota que decía:
'Te espero pronto' no fue suficiente.
Se desconectó y puso sobre la barra
un par de aplicaciones encapsuladas
en una caja negra:
opción verde y opción azul.

Optó por esnifar dos hileras
de WhatsApp doblemente cargadas y
se inyectó una veintena de Twitters
por 40 minutos.
Con sobredosis y alcoholizado,
ni tiempo tuvo para echarse
unos comprimidos antes que
los medios hablaran con café en mano y
los flashes carcomieran sus sentidos.

Los angelicales Screen Savers
recortaron el molde de su perfil y
quedó tiempo fuera.
Aislado, sus restos amanecerán petrificados
con el soplido del viento del día y
una canción gélida y metálica
de iTunes se escuchará vendiendo mercaderías.

Manzanas alegres, manzanas plateadas,
tiempos rápidos. Sueños de un oficinista
que perdió su avión para Buenos Aires.



Ávaro
Torres-Calderón

Lima - Perú - 1975
Doctor en Literatura
Latinoamericana
Master en leguar romance.
Poeta, ensayista, actor y
músico.



Aquella epopeya

*Dedicado a ella que vive en mí
como si estuviera aquí.*

Aquella epopeya que viví tiempo atrás fue por no tenerte a mi lado y dejar,
aquellas luces de tu mirar.

Pues vivir mil hazañas podré, para ir en busca de tu alma de miel.
Solo dime si para volverte a ver, no tendré que callar, callar mis versos de
ser.

Manuel Antonio González

La Vega - República Dominicana - 1990

Estudiante de Informática en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña

Escritor de novela, cuenta y poesía.



Buscando a la leyenda

A los oídos del prestigioso Cirujano había llegado el rumor, difícil de confirmar, de que mientras dos personas estaban en un complejo estado clínico llamado Relación de Pareja existía la ligera posibilidad de que los individuos experimentaran eso tan mencionado en los cuentos infantiles.

Incrédulo ante la fuerza tomada por tales rumores, decidió desmentir la leyenda tomando a un hombre y una mujer en estado de Noviazgo, para poder explorar dentro de sus cuerpos.

Con previo consentimiento de ambos (¿Cómo negarse a cuantiosas sumas de dinero?), se dio inicio a la operación. En el quirófano, algunas enfermeras se mofaban de la ingenuidad del Cirujano: “Por Dios, mijita, ¿ahora qué le picó al Doctor?, bien bueno pues, creyendo en cuentos de hadas”, “Sí, chama, ¿no te digo yo?, está buscando dinosaurios en el siglo XXI; si mi abuela me dijo que eso se extinguió antes de que ella naciera”.

Con su prolijidad habitual, abrió, primero, el cuerpo del hombre: encontró deseo al nivel de la ingle, temor al lado de un corazón lleno de baches, engaño cerca del cerebelo, escudos en la capa más profunda de la piel, e, igualmente, notó todas las arterias sutilmente tapadas por piedras de creencias limitantes. Nada más.

El cuerpo de la mujer se encontraba más o menos en las mismas condiciones, quizá un poco más de baches, puede que un poco menos de piedras en las arterias; por otro lado, los exámenes de sangre de ambos arrojaron notables bajas de esperanza y preocupantes niveles de interés.

Era definitivo: el rumor era una mera leyenda.

Unos meses después, luego de su aniversario número cinco, la pareja contrae matrimonio jurándose –y peor aún, estando convencidos de la veracidad de sus palabras– eso que le fue imposible conseguir al Cirujano: amor.



Lizandro Samuel
Caracas - Venezuela - 1993

*Escritor con predilección
por la narrativa.
Finalista del premio
“Biblioteca FIMBA,
2013”*



Su voz

El cuarto 815 del Hospital Metropolitano está en penumbras, sólo una tenue luz alumbra el lugar. Una cortina de color azul cubre la única ventana del cuarto, impidiendo que la luz de los postes y edificios entre perturbando la tranquilidad de la habitación. Los equipos médicos conectados al único paciente aportan otro poco de iluminación gracias a sus verdosas pantallas digitales. La enfermera de turno está presente realizando su última ronda de la noche. Con tableta en mano, revisa las lecturas correspondientes, verificando que todo esté en orden y entrando la información en la misma. Como de costumbre, ha encontrado todo normal. No hay ningún cambio en el estado del paciente. La enfermera sale en silencio, cansada y soñolienta; sintiendo como si sus párpados estuvieran hechos de piedra por lo largo que siente pasar el tiempo al trabajar el turno nocturno, pero agradeciendo que pronto terminará su jornada laboral y podrá ir a su casa a descansar. La puerta se mueve lentamente tras de ella hasta que un pequeño sonido anuncia que se ha cerrado completamente. Una perilla gira y otra puerta comienza a abrirse centímetro a centímetro. Una figura vestida con el uniforme de asistente médico sale sigilosamente del baño. Como un ladrón moviéndose en la noche, camina hasta detenerse al lado derecho de la cama. Sus ojos se enfocan brevemente en la entrada de la habitación temiendo ser descubierto por algún personal del hospital. Su rostro refleja su tristeza, su inmenso pesar, el dolor que consume su alma y la angustia de haber sido el causante de la desgracia. En su interior, Eduardo está completamente destrozado y deprimido. Tan solo ver tendida en la cama a su compañera de más de cuatro años es razón suficiente para desmoronarlo emocionalmente. En pocos minutos comenzarán las horas de visitas. Los pasillos se llenarán de gente. El personal del primer turno pasará dando la primera ronda de su jornada y los padres de Ángela pronto arribarán para estar con su hija. Ellos nunca aceptaron la relación de Eduardo y Ángela; lo acusan de ser el causante de que Ángela abandonara la Universidad y se fuera a trabajar con él en su modesta cafetería en el centro de la ciudad. Ahora lo culpan del estado vegetal en que se encuentra ella, utilizando la excusa de que Eduardo era quien iba manejando el auto ese fatídico día. Él piensa que tal vez ellos tengan razón. Fue él quien perdió el control al tratar de evitar atropellar a un perro callejero y terminó estrellándose contra un poste; el impacto fue en el lado del pasajero, donde se encontraba Ángela. Si tan solo hubiera decidido seguir adelante y apostar a que el perro fuera capaz de esquivar el auto, Ángela no estaría en este lugar. Él sólo recibió heridas menores y sólo pasó un día en el hospital. El reloj marca otro segundo, Eduardo sabe que no tiene mucho tiempo para estar con su amada.

“Oh Dios, Ángela, me siento tan inútil, tan impotente. No soy más que un imbécil que contempla tu frágil cuerpo tumbado en esta miserable cama, viéndote inmóvil sin que ni siquiera puedas abrir los ojos y saludarme con tu mirada.”

Ángela apenas puede mover su pecho, su respiración es débil y lenta. Respirar es algo que ella no puede hacer por sí misma y depende de un respirador artificial para mantenerse con vida. No reacciona. Está en un coma profundo del cual los médicos no tienen esperanzas de que pueda despertar. Eduardo continúa contemplándola con tristeza mientras sus lágrimas caen sobre la blanca sábana que la cubre.

“Tu vida, toda tu existencia depende de una máquina pequeña; una colección de circuitos electrónicos controlados por un ordenador. Es tan patético, tan deprimente. Me desmoroné cuando los doctores me dijeron que no podían hacer más, cuando me dijeron que sólo vas a sobrevivir con esta máquina conectada a tu cuerpo. Sobrevivir, sobrevivir es una palabra sin sentido para alguien que va a ser un prisionero de su propio ser, para alguien que nunca va a tener de nuevo el placer de un beso, un abrazo, de sentir el calor de un ser querido, de hacer el amor. Es una palabra sin sentido para alguien que no puede caminar bajo el sol o la luna, que no puede bailar bajo la lluvia, alguien que no puede disfrutar de las maravillas del mundo. Los médicos lo saben. Recomiendan desconectar la máquina y dejarte ir en paz, pero tus padres se oponen. Están negando tu condición. Tienen esperanzas donde no hay ninguna. Con su egoísmo simplemente prefieren tenerte sufriendo y no dejarte ir para terminar con tu miseria, con tu agonía. Si yo te hubiera escuchado y nos hubiéramos casado yo tendría la autoridad para tomar la decisión. Pero no lo hice, fui un idiota y ahora tú estás sufriendo gracias a mí. Yo causé el accidente que te puso en esta cama y yo soy el responsable de que permanezcas en este purgatorio terrenal por no tener la autoridad de firmar los documentos que te liberarán de este sufrimiento. Sé que lo sabes. Me lo dices todas las noches. Puedo oír tu voz, puedo escucharla en mis sueños. Sé que me visitas. Sé que tu alma se proyecta en el espacio para entrelazarse conmigo, porque yo soy tu conexión con este mundo. Puedo escuchar tu sufrimiento, tu angustia, tu desesperación. Tu voz está en mi cabeza, reprochándome por no habernos casado; culpándome por estar ahora atrapada en este cuerpo que siempre he admirado, puedo escucharte suplicándome que termine con tu dolor, que te libere de esta miseria. Tu voz es un clavo que penetra dolorosamente en mi cabeza empujado por el constante martillar de tus palabras. Todas las noches te escucho decir “libérame, tú me amas, libérame, Eduardo no seas el causante de mi dolor.”

Eduardo se sienta en la butaca que está al lado de la cama, pone sus manos sobre su apesadumbrado rostro y comienza a llorar desconsoladamente mientras el reloj sigue su curso. El tiempo se termina.

En las afueras de la habitación, al otro extremo del corredor, los padres de Ángela caminan fuera del elevador; como han hecho todos los días desde que Ángela tuvo el accidente. Otros visitantes salen junto a ellos, llenando de vida el octavo piso de hospital. Caminando en dirección al cuarto de su hija escuchan una voz que los llama.

“Señor Villanueva, señora.” Un hombre de unos 50 años se aproxima a ellos llevando unos papeles en su mano.

“Buenos días, Dr. Kessler.”

“Tengo buenas noticias para ustedes. Como ya les había comentado, ayer nos reunimos el equipo de especialistas que estamos tratando el caso de su hija y afortunadamente hemos encontrado la forma de operar y remover el coágulo en el cerebro. No es una operación garantizada y es sumamente riesgosa. Tenemos sólo un cuarenta y cinco por ciento de que sea exitosa y aún si lo es, la recuperación no es de un cien por ciento. Su hija estará consciente y podrá realizar muchas de las tareas básicas diarias que una persona normal pueda realizar, pero su funcionamiento, incluyendo su movilidad serán un poco lentos. Necesitará ayuda.”

“¿Pero, podrá reconocernos?”

“Podrá hacer más que eso. Los reconocerá. Podrá estar consciente, hablar con ustedes, podrá leer, ver televisión y otras cosas más. Como mencioné, podrá realizar muchas tareas en una forma más o menos normal, al menos las básicas. No podrá volver a trabajar o conducir un coche, tampoco le confiaría la cocina pero definitivamente podrá llamarlos nuevamente papá y mamá.”

Los padres de Ángela intercambian miradas. Lágrimas de felicidad recorren sus rostros mientras ambos tiemblan de emoción. Se abrazan fuertemente y unas risas de felicidad se apoderan de ambos. El Dr. Kessler los observa mientras él también sonríe.

“Doctor, esas son noticias estupendas.” La Sra. Villanueva levanta su vista mirándolo emocionada.

“¿Cuándo realizarán la operación?”

“Lo antes posibles. Aquí tengo unos formularios que tienen que rellenar primero.”

El Dr. Kessler se dispone a entregar los formularios a los padres de Ángela cuando el sonido de un disparo interrumpe la conversación. Un sólo segundo duró el fuerte sonido que produjo eco y vibración en todo el octavo piso. Se escuchan gritos. Pacientes, visitantes y personal corren por los pasillos en busca de refugio. El Dr. Kessler guía a los señores Villanueva hasta el área de las enfermeras, encontrando protección detrás del mostrador. Dos enfermeras se encuentran llorando, sus cuerpos tiemblan como gelatina aterradas por el disparo, expresando en sus ojos el terror que sienten. Un segundo disparo inunda nuevamente los ahora desolados pasillos. Un timbre anuncia la llegada del elevador y los señores Villanueva escuchan varios pasos corriendo en dirección de donde se produjeron las dos detonaciones. Al mismo tiempo el sonido de una puerta se abre estrepitosamente y más pasos invaden el corredor. El Dr. Kessler, los señores Villanueva y las dos enfermeras se levantan de su escondite cuando uno de los oficiales les hace señales para que se dirijan hacia las escaleras y desalojen el piso. Los señores Villanueva están desesperados por saber cómo se encuentra su hija cuando escuchan a uno de los oficiales de seguridad decir que los ocupantes de la habitación 815 están muertos.



Efraín Nadal de Choudens
Puerto Rico

*Estudió Biología Marina en la
Universidad de Puerto Rico y
Escritura Creativa en la Universidad
de New Hampshire.
Poeta y narrador en español e inglés.*

La tercera orilla del río

Nuestro padre era hombre cumplidor, de orden, positivo; y así había sido desde muy joven y aún de niño, según me testimoniaron diversas personas sensatas, cuando les pedí información. De lo que yo mismo me acuerdo, él no parecía más raro ni más triste que otros conocidos nuestros. Sólo tranquilo. Nuestra madre era quien gobernaba y peleaba a diario con nosotros -mi hermana, mi hermano y yo. Pero sucedió que, cierto día, nuestro padre mandó hacerse una canoa.

Iba en serio. Encargó una canoa especial, de madera de viñátigo, pequeña, sólo con la tablilla de popa, como para caber justo el remero. Pero tuvo que fabricarse toda con una madera escogida, fuerte y arqueada en seco, apropiada para que durara en el agua unos veinte o treinta años. Nuestra madre maldijo la idea. ¿Sería posible que él, que no andaba en esas artes, se fuera a dedicar ahora a pescatas y cacerías? Nuestro padre no decía nada. Nuestra casa, por entonces, aún estaba más cerca del río, ni a un cuarto de legua: el río por allí se extendía grande, profundo, navegable como siempre. Ancho, que no podía divisarse la otra ribera. Y no puedo olvidarme del día en que la canoa estuvo lista.

Sin pena ni alegría, nuestro padre se caló el sombrero y nos dirigió un adiós a todos. No dijo otras palabras, no tomó fardel ni ropa, no hizo ninguna recomendación. Nuestra madre, nosotros pensamos que iba a bramar, pero permaneció blanca de tan pálida, se mordió los labios y gritó: “Se vaya usted o usted se quede, no vuelva usted nunca”. Nuestro padre no respondió. Me miró tranquilo, invitándome a seguirle unos pasos. Temí la ira de nuestra madre, pero obedecí en seguida de buena gana. El rumbo de aquello me animaba, tuve una idea y pregunté: “Padre, ¿me lleva con usted en su canoa?”. Él sólo se volvió a mirarme, y me dio su bendición, con gesto de mandarme a regresar. Hice como que me iba, pero aún volví, a la gruta del matorral, para enterarme. Nuestro padre entró en la canoa y desamarró, para remar. Y la canoa comenzó a irse -su sombra igual como un yacaré, completamente alargada.

Nuestro padre no volvió. No se había ido a ninguna parte. Sólo realizaba la idea de permanecer en aquellos espacios del río, de medio en medio, siempre dentro de la canoa, para no salir de ella, nunca más. Lo extraño de esa verdad nos espantó del todo a todos. Lo que no existía ocurría. Parientes, vecinos y conocidos nuestros se reunieron en consejo.

Nuestra madre, avergonzada, se comportó con mucha cordura; por eso, todos habían pensado de nuestro padre lo que no querían decir: locura. Sólo algunos creían, no obstante, que podría ser también el cumplimiento de una promesa; o que nuestro padre, quién sabe, por vergüenza de padecer alguna fea dolencia, como es la lepra, se retiraba a otro modo de vida, cerca y lejos de su familia. Las voces de las noticias que daban ciertas personas -caminantes, habitantes de las riberas, hasta de lo más apartado de la otra orilla- decían que nuestro padre nunca se disponía a tomar tierra, ni aquí ni allá, ni de día ni de noche, de modo que navegaba por el río, libre y solitario. Entonces, pues, nuestra madre y nuestros parientes habían establecido que el alimento que tuviera, oculto en la canoa, se acabaría; y él, o desembarcaba y se marchaba, para siempre, lo que se consideraba más probable, o se arrepentía, por fin, y volvía a casa.

Se engañaban. Yo mismo trataba de llevarle, cada día, un poco de comida robada: la idea la tuve, después de la primera noche, cuando nuestra gente encendió hogueras en la ribera del río, en tanto que, a la luz de ellas, se rezaba y se le llamaba. Después, al día siguiente, aparecí, con dulce de caña, pan de maíz, penca de bananas. Espié a nuestro padre, durante una hora, difícil

de soportar: solo así, él a lo lejos, sentado en el fondo de la canoa, detenida en la tabla del río. Me vio, no remó para acá, no hizo ninguna señal. Le mostré la comida, la dejé en el hueco de piedra del barranco, a salvo de alimaña y al resguardo de lluvia y rocío. Eso, que hice y rehice, siempre, durante mucho tiempo. Sorpresa que tuve más tarde: que nuestra madre sabía de ese mi afán, sólo que simulando no saberlo; ella misma dejaba, a la mano, sobras de comida, a mi alcance. Nuestra madre no era muy expresiva.

Mandó venir a nuestro tío, hermano de ella, para ayudar en la hacienda y en los negocios. Mandó venir al maestro, para nosotros, los niños. Le pidió al cura que un día se revistiera, en la playa de la orilla, para conjurar y gritarle a nuestro padre el deber de desistir de la loca idea. En otra ocasión, por decisión de ella, vinieron dos soldados. Todo lo cual no sirvió de nada. Nuestro padre pasaba de largo, a la vista o escondido, cruzando en la canoa, sin dejar que nadie se acercara a agarrarlo o a hablarle. Incluso cuando fueron, no hace mucho, dos periodistas, que habían traído la lancha y trataban de sacarle una foto, no habían podido: nuestro padre desaparecía hacia la otra banda, guiaba la canoa al brezal, de muchas leguas, el que hay, por entre juncos y matorrales, y sólo él lo conocía, palmo a palmo, en la oscuridad, por entonces.

Tuvimos que acostumbrarnos a aquello. Apenas, porque a aquello, en sí, nunca nos acostumbramos, de verdad. Lo digo por mí que, cuando quería y cuando no, sólo en nuestro padre pensaba: era el asunto que andaba tras de mis pensamientos. Lo difícil era, que no se entendía de ninguna manera, cómo él aguantaba. De día y de noche, con sol o aguaceros, calor, escarcha, y en los terribles fríos del invierno, sin abrigo, sólo con el sombrero viejo en la cabeza, durante todas las semanas, y meses y años -sin darse cuenta de que se le iba la vida. No atracaba en ninguna de las dos riberas, ni en las islas y bajíos del río; no pisó nunca más ni tierra ni hierba. Aunque, al menos, para dormir un poco, él amarrara la canoa en algún islote, en lo escondido. Pero no armaba una hoguerita en la playa, ni disponía de su luz ya encendida, ni nunca más rascó una cerilla. Lo que comía era un apenas; incluso de lo que dejábamos entre las raíces de la ceiba o en el hueco de la piedra del barranco, él recogía poco, nunca lo bastante. ¿No enfermaba? Y la constante fuerza de los brazos, para mantener la canoa, resistiendo, incluso en el empuje de las crecidas, al subir el río, ahí, cuando al impulso de la enorme corriente del río, todo forma remolinos peligrosos, aquellos cuerpos de bichos muertos y troncos de árbol descendiendo -de espanto el encontronazo. Y nunca más habló ni una palabra, con nadie. Tampoco nosotros hablábamos de él. Sólo se pensaba en él. No, de nuestro padre no podíamos olvidarnos; y si, en algunos momentos, hacíamos como que olvidábamos, era sólo para despertar de nuevo, de repente, con su recuerdo, al paso de otros sobresaltos.

Mi hermana se casó; nuestra madre no quiso fiesta. Pensábamos en él cuando comíamos una comida más sabrosa; así como, en el abrigo de la noche, en el desamparo de esas noches de mucha lluvia, fría, fuerte, nuestro padre con sólo la mano y una calabaza para ir achicando la canoa del agua del temporal. A veces, algún conocido nuestro notaba que yo me iba pareciendo a nuestro padre. Pero yo sabía que él ahora se había vuelto greñudo, barbudo, con las uñas crecidas, débil y flaco, renegrado por el sol y la pelambre, con el aspecto de una alimaña, casi desnudo, apenas disponiendo de las ropas que, de vez en cuando, le dejábamos.

Ni quería saber de nosotros, ¿no nos tenía cariño? Pero, por el cariño mismo, por respeto, siempre que, a veces, me elogiaban por alguna cosa bien hecha, yo decía: "Fue mi padre el que un día me enseñó a hacerlo así..."; lo que no era cierto, exacto, sino una mentira piadosa. Porque, si él no se acordaba más, ni quería saber de nosotros, ¿por qué, entonces, no subía o descendía por el río, hacia otros lugares, lejos, en lo no encontrable? Sólo él sabría. Pero mi hermana tuvo un niño, ella se empeñó en que quería mostrarle el nieto. Fuimos, todos, al barranco; fue un día bonito, mi hermana con un vestido blanco, que había sido el de la boda,

levantaba en los brazos a la criaturita, su marido sostenía, para proteger a los dos, la sombrilla. Le llamamos, esperamos. Nuestro padre no apareció. Mi hermana lloró, todos nosotros lloramos allí, abrazados.

Mi hermana se mudó, con su marido, lejos de aquí. Mi hermano se decidió y se fue, a una ciudad. Los tiempos cambiaban, en el rápido devenir de los tiempos. Nuestra madre acabó yéndose también, para siempre, a vivir con mi hermana; ya había envejecido. Yo me quedé aquí, el único. Yo nunca pude querer casarme. Yo permanecí, con las cargas de la vida. Nuestro padre necesitaba de mí, lo sé -en la navegación, en el río, en el yermo-, sin dar razón de sus hechos. O sea que, cuando quise saber e indagué en firme, me dijeron que habían dicho que constaba que nuestro padre, alguna vez, había revelado la explicación al hombre que le había preparado la canoa. Pero, ahora, ese hombre ya había muerto; nadie sabría, aunque hiciera memoria, nada más. Sólo en las charlas vanas, sin sentido, ocasionales, al comienzo, en la venida de las primeras crecidas del río, con lluvias que no escampaban, todos habían temido el fin del mundo, decían que nuestro padre había sido elegido, como Noé, que, por tanto, la canoa él la había anticipado; pues ahora medio lo recuerdo. Mi padre, yo no podía maldecirlo. Y ya me apuntaban las primeras canas.

Soy hombre de tristes palabras. ¿De qué era de lo que yo tenía tanta, tanta culpa? Si mi padre siempre estaba ausente; y el río-río-río, el río -perpetuo pesar. Yo sufría ya el comienzo de la vejez -esta vida era sólo su demora. Ya tenía achaques, ansias, por aquí dentro, cansancios, molestias del reumatismo. ¿Y él? ¿Por qué? Debía padecer demasiado. De tan viejo, no habría, día más día menos, de flaquear su vigor, dejar que la canoa volcara o que vagara a la deriva, en la crecida del río, para despeñarse horas después, con estruendo en la caída de la cascada, brava, con hervor y muerte. Me apretaba el corazón. Él estaba allí, sin mi tranquilidad. Soy el culpable de lo que ni sé, de un abierto dolor, dentro de mí. Lo sabría -si las cosas fueran otras. Y fui madurando una idea.

Sin mirar atrás. ¿Estoy loco? No. En nuestra casa, la palabra loco no se decía, nunca más se dijo, en todos aquellos años, no se condenaba a nadie por loco. Nadie está loco. O, entonces, todos. Lo único que hice fue ir allá. Con un pañuelo, para hacerle señas. Yo estaba totalmente en mis cabales. Esperé. Por fin, apareció, ahí y allá, el rostro. Estaba allí, sentado en la popa. Estaba allí, a un grito. Le llamé, unas cuantas veces. Y hablé, lo que me urgía, lo que había jurado y declarado, tuve que levantar la voz: "Padre, usted es viejo, ya cumplió lo suyo... Ahora, vuelva, no ha de hacer más... Usted regrese, y yo, ahora mismo, cuando ambos lo acordemos, yo tomo su lugar, el de usted, en la canoa...". Y, al decir esto, mi corazón latió al compás de lo más cierto.

Él me oyó. Se puso en pie. Movié el remo en el agua, puso proa para acá, asintiendo. Y yo temblé, con fuerza, de repente: porque, antes, él había levantado el brazo y hecho un gesto de saludo -¡el primero, después de tantos años transcurridos! Y yo no podía... De miedo, erizados los cabellos, corrí, huí, me alejé de allí, de un modo desatinado. Porque me pareció que él venía del Más Allá. Y estoy pidiendo, pidiendo, pidiendo perdón.

Sufrió el hondo frío del miedo, enfermó. Sé que nadie supo más de él. ¿Soy un hombre, después de esa traición? Soy el que no fue, el que va a quedarse callado. Sé que ahora es tarde y temo perder la vida en los caminos del mundo. Pero, entonces, por lo menos, que, en el momento de la muerte, me agarren y me depositen también en una canoíta de nada, en esa agua que no para, de anchas orillas; y yo, río abajo, río afuera, río adentro -el río.

João Guimarães Rosa
Minas Gerais - Brasil - 1908
Río de Janeiro - 1967

Este relato forma parte del libro "Primeiras estórias" de 1962



Sueños y señales

La vida también está hecha de sueños. Muchas veces escuché decir - “Soñar no cuesta nada” y muchas otras la respuesta fue -“Desilusiones y desengaños”.

Yo prefiero soñar, incluso cuando el resultado sea el predicho por algunos. Soñar me permite sobrellevar el presente cuando me saluda con dureza y también me permite reconciliarme con mi pasado. Un pasado al que miro encontrando los sueños de entonces pero que, aún hoy, no he podido hacer realidad. No obstante persisto, porque las hormigas sobreviven en un mundo de gigantes, los niños siguen siendo la esperanza del mañana y el sol sale cada día, a veces para acompañar las alegrías y a veces para ayudar a sobrellevar el dolor. Por todo ello y porque a veces no se cumplen pero otras muchas sí, yo sueño.

Y es en esa extraña mezcla que conforman el entonces y el ahora, el hice y hago, el quise y quiero, donde consigo ver el futuro soñado. Y como una niña con una bola de cristal adornada en su interior por la nieve y la navidad, deseo los regalos y siento el olor del turrón aunque sólo sea agosto.

Aquel verano me convencí de que debía marcharme.

Me encontraba visitando a una amiga y unos instantes a solas bastaron para que todo el mecanismo echara a andar. Ana me pidió que le acompañara a la cocina para preparar uno de esos tés de fruta que tanto nos gustaban. Le pedí quedarme en el cómodo sofá de su salón admirando lo bien que se le daba sembrar y cuidar plantas ornamentales. De pronto mi mirada se corrió unos milímetros más allá de la puerta acristalada del balcón de las plantas y la vi. Una de esas bolas que me hacían soñar. Ésta tenía en su interior la imagen de Venecia, sus góndolas y diminutos puentes. Debían haberlo traído Ana y Jesús de su último viaje de vacaciones y claro está, habían estado en Venecia.

Mientras me entretenía con aquella pequeña bola de cristal, comencé a ver cosas espectaculares en su interior. La mente es poderosa y a horcajadas sobre la imaginación te lleva a hasta el lugar donde se esconden tus deseos.

Una vez allí, me volví liviana y pude liberarme del extraño peso que te mantiene atada al suelo. Desaparecieron los imposibles, se apartaron las dificultades y todos los obstáculos se hicieron a un lado formando una especie de pasillo real por el que podía pasar sin la más mínima posibilidad de que los imprevistos me entorpecieran al avanzar.

¡Qué maravilla! Allí estaban todos, como cuando entras en una tienda y todo lo que ves te gusta, así mismo. Sólo que allí no habían paneles, nadie comprando, nadie vendiendo, sólo mis sueños y yo.

Me vi a mí misma en una enorme habitación que parecía no tener fin, ni puertas y tampoco entradas o salidas. Había imágenes proyectadas sobre las paredes y los techos que iban pasando una y otra vez y lo mantenían todo a color como las paredes y techos de la Capilla Sixtina. En muchas de ellas me vi con una preciosa niña entre mis manos, abrazada por su padre, mi fiel compañero de viaje. Ella se llamaba Aurora y su pelo era negro como el ébano y ondulado.

En otras imágenes aparecieron centenares de páginas escritas, seguramente por mí, y como una marca de agua detrás de cada una de ellas, se podían ver un hermoso lago, una mesa, una máquina de escribir y una taza de té humeante. Vi libros, unos pocos, pero todos llevaban escrito mi nombre, Jimena Salazar. Supongo que la casa modesta pero muy hermosa, color azul, ventanas de cristales, porche con sillones y algún que otro árbol frutal en los alrededores, estaba en el lago, y que la preciosa Aurora crecería en ella. A juzgar por la pieza de madera junto a la puerta en efecto crecería allí. Tenía varias marcas talladas y en cada una de ellas una edad. La última marca estaba hecha a una altura parecida a la mía y sentí con mucha fuerza que había sido tallada con gran nostalgia porque fue la última de aquella preciosa niña que ya se había hecho mujer. Inmediatamente después vi otra tabla idéntica, con marcas muy similares pero de mayor altura. No me quedó claro el por qué y pensé que se aclararía en otra de las imágenes.

Encontré muchos cuadros familiares y por fin sentía paz delante de ellos, por fin, aunque sólo fuera en sueños, tenía mucho que contarles. Por fin, aunque sólo fuera en sueños, me compartían sus alegrías. Estaban todos pero aparecían unos y otros de modo distinto. Algunos estaban sonrientes, como en paz, tranquilos, acompañantes, como presentes siempre.

¡Qué alegría!, grité en alta voz al ver una de las imágenes. Me había dado tiempo a tener un segundo hijo y había nacido niño, su padre le había elegido el nombre y tenía una marca en su mentón, justo como él. Era hermoso, era dulce, era gentil y por lo que me mostraron las imágenes logramos enseñarle el verdadero respeto por la mujer. Caí en la cuenta de que la otra tabla de madera con marcas talladas por edades era suya.

Vi una larga vida en familia, vi mucho amor, mucha paz y algunas veces también vi pasión. En algunas de las imágenes discutíamos a ratos, pero siempre seguíamos convencidos de que unidos éramos especiales y estábamos mejor.

Sentí tristeza, me percaté de que con el paso del tiempo y a medida de que nuestros hijos crecían, nosotros envejecíamos y algunas personas muy queridas no volvían a aparecer en las imágenes soñadas. Me di cuenta de que hasta los sueños saben que no somos eternos y que la forma en la que manteníamos presentes a estas personas queridas en nuestras vidas, había cambiado. Ahora estaban en cuadros bien grandes que ocupaban sitios muy especiales dentro de la casa azul.

A veces llorábamos por ellos y reíamos también, recordándoles. Y con relativa frecuencia les visitábamos en ciertos lugares, que al parecer se habían convertido en sagrados. Me vi conversando tranquilamente con mi madre, con el agua rozando mis pies desnudos y la arena acariciándome. La tarde caía y muy pocos se asomaban entonces a la orilla del mar en otoño, de fondo el sonido de alguna gaviota mientras le regalaba una de sus canciones favoritas de la mítica banda de los Beatles.

Recuerdo con especial ternura una de las tantas imágenes que volaban a mi alrededor. En ella aparecíamos mi hombre y yo, nada jóvenes por cierto, y estábamos haciendo el amor. El tiempo nos había ayudado a dejar de lado ciertos temores y complejos, y disfrutábamos de nuestros cuerpos imperfectos y desnudos a plena luz del día, música de fondo y danza de arrugas, erotismo y sensualidad.

Logré no verme sola en ninguna de las imágenes. Por muy vieja que apareciera en ellas, siempre me acompañaba el viejo. La bola me regaló no vernos separados por la muerte, me regaló una vida a su lado y una muerte también. Me regaló entonces, la paz que me faltó siempre ante la ausencia de la vida y me trajo de vuelta a todos los que antes habían estado en cuadros grandes y especiales. Mis hijos siguieron con sus vidas, esperando el tiempo que aún tardaría en llegarles, para mi felicidad.

Entonces, como cuando agitas las típicas bolas con la imagen navideña en su interior y de pronto pareciera que nieva con tanta fuerza que todo se cubre de blanco y se hace más difícil de ver; así se entremezclaron las góndolas, los diminutos puentes y las parejas de enamorados surcando los canales de Venecia. Me salí del mágico sitio y todas esas imágenes volvieron a mi cabeza, abandonaron las paredes y su vuelo y volvieron a ser parte de mis sueños.

-Jimena, Jimena... ¡Jimena!- gritó mi amiga Ana sorprendida por el hecho de que a un metro de ella no le hubiera escuchado decir que ya estaba mi taza de té.

-Perdona Ana, no te escuché entrar en la habitación.

-Y en qué pensabas hija mía, cualquiera hubiera jurado que tu cuerpo estaba en mi salón pero tu mente viajando por quién sabe dónde- replicó con su acostumbrado tono desenfadado.

-No vas muy desencaminada Ana. Me entretuve mirando el interior de esa bonita bola que os habéis traído desde Venecia Jesús y tú, supongo que este verano, y ya ves, mi mente se fue de mí.

-Pues si yo te contara Jimena... esa bola no la compramos en Venecia.

-¿Cómo que no?- dije extrañada.

-Pues es una historia curiosa la suya.

-Y a qué esperas para contármela- le dije yo con la taza de té entre mis manos y acurrucándome entre los cojines del sofá presta a escuchar la historia como lo haría una niña a la que le han prometido contar

un cuento.

-A qué va a ser, a que vinieras a casa a visitarme- rió pícaramente -Resulta que la semana pasada tú y yo habíamos quedado para tomar un café en la Plaza de Oriente.

- Sí, me acuerdo- asentí yo.

-Y también te acordarás de que al final no pudimos vernos porque Marcos necesitaba que le llevaras no sé qué papeles que había dejado en casa y no le daba tiempo a regresar a por ellos antes de que comenzara la reunión con los inversores.

-Efectivamente, me acuerdo que tuve que llamarte en el último momento y que ya tú habías salido de casa y no pude avisarte a tiempo para evitarlo.

-Pues como yo ya estaba en el coche y llevaba buen tramo recorrido decidí que no hacía nada en casa si ya tenía planes para salir un rato y seguí hasta el centro de Madrid. Recuerdo que había muchísima gente, ya sabes...visitando el Palacio Real, los típicos grupos de turistas montando en bicis y acompañados por guías...

-Y entonces- Interrumpí a Ana, desesperada porque al fin llegase a la parte de la historia que daba sentido a esa bola de Venecia que no había traído de Venecia.

-Me senté en uno de los cafés que quedan detrás del Teatro Real. Pedí mi café de cerca de 3 euros y saqué la novela que estoy leyendo ahora. ¿Sabes cuál?- dijo Ana sin percatarse de la inmensa curiosidad que toda aquella historia despertaba en Jimena.

-¿El que he visto nada más entrar sobre la mesa del recibidor?- pregunté yo que no quería ser descortés o levantar sospechas relativas a mi excesivo interés. De qué manera iba a explicar la alucinación que minutos antes había tenido en ese mismo salón. – Creo que me hablaste sobre él- continué diciendo. – Obini Elé se llama ¿no?

-Sí, es esa novela que te dije que me estaba dando muchas ganas de conocer La Habana y que su autora es una escritora cubana muy joven. Resulta que se está convirtiendo en el libro de moda del otoño. En fin, que me voy del tema- concluyó Ana.

Yo casi levitaba sobre el sofá y no sabía cómo acomodarme. Estaba como una niña que adora los helados y espera el suyo, con la esperanza de que no se termine antes de que pueda pedirlo.

-El hecho es...- continuó Ana - ...que no llevaba leídas dos páginas del libro cuando una señora se me acercó y a juzgar por lo que me dijo he estado pensando toda la semana que se estaba refiriendo a ti.

- ¿Tú crees? ¿Y quién era esa mujer? ¿Cómo era? - Interrogué a Ana sin dejarle terminar de contar.

-Pues no lo sé Jimena, jamás la había visto y no parecía estar loca. De qué amiga me hablaba sólo pude pensar que eras tú. Eres “mi gran amiga”, “sueñas con ser escritora” y, sí querida, por mucho que me duela admitirlo y más que te extrañaré, tu lugar no está en Madrid. Ni qué decir de tu reacción al ver la bola, parece que algún tipo de energía te vincula a ella y que tu mente vuela a su lado.

Sonreí y después de admitir lo bien que me conoce Ana me lancé con las últimas preguntas a por el final. ¿Y qué fue lo que dijo Ana?- pregunté deseosa por saber pero serena.

-Me dijo estas palabras: “Usted tiene una gran amiga que sueña con lo que tienes entre las manos, la Plaza de Oriente no es su sitio y dentro de Venecia verá su destino”. Acto seguido y sin dejarme mediar palabra, dejó sobre la mesa la bola de Venecia.

Aylén Martínez Hernández
La Habana - Cuba

*Licenciada en Psicología,
residente en Madrid, España*

*Escritora con preferencia
por la narrativa*



El hada y el fantasma

Cuento infantil

Cuento

Verenice era un hada muy pequeña, con alas de seda, delicados ojos azules y nariz respingona. Vivía de un lado para otro, de bosque en bosque desde tiempos inmemoriales. No lograba nunca tener amigos, a pesar de ser un ser maravilloso, con una bondad desmesurada y una sonrisa deslumbrante.

Todos los días salía del bosque en busca de niños a quienes ayudar. Muchas veces, alguno de estos niños quería seguirla y ser su amigo, pero siempre, cuando tenía que volver al bosque, los pequeños se asustaban y volvían a sus juegos olvidándose de ella.

Muchas veces lloraba, en su soledad, por su desdichada eternidad sin un amigo. A pesar de todo, le gustaba llorar.

Una tarde, al llegar al bosque, se paró junto a un pequeño arroyo para lavarse la cara. Al retirar las manos de su rostro y abrir los ojos vio en el agua un reflejo blanco, blanco como la nieve. Se volvió a mirar detrás y comprobó que era un fantasma, de los de la sábana de toda la vida.

-¿Qué haces aquí? -le dijo el hada- ¿Quieres beber agua?

-No. Es que estaba pensando en lavarme, pero necesito ayuda. Tengo unas manchas enormes y no puedo meterme al agua sin que alguien me agarre -dijo el fantasma-.

-¿Es que no tienes amigos? - preguntó Verenice-.

- No tengo amigos. Siempre me dedico a asustar a la gente y, luego, nadie me quiere. Llevo muchos años sin poder lavarme.

- ¿Y no puedes lavarte tú solo, cómo hago yo?

- No puedo- respondió el fantasma-. La última vez fue hace muchos años. Un día me caí a un charco de barro y me puse muy sucio. Decidí meterme al arroyo, pero cuando ya estuve limpio y quise salir, me di cuenta de que pesaba mucho más y no podía casi moverme. Luché y luché, pero la corriente me arrastraba y no podía hacer nada. Pasé varios días río abajo hasta que llegué al mar.

- ¿Y cómo saliste?-preguntó el hada.

-Fue, al cabo de meses, cuando una ola muy grande me sacó a la playa y allí me sequé.

- ¿Y qué puedo hacer yo? Ahora se va a hacer de noche y tendré mucho frío, como todas las noches. No quiero tocar el agua con las manos -dijo el hada-.

-¿De verdad tienes frío?- preguntó el fantasma-. Yo puedo ayudarte. Échate a dormir.

Entonces el fantasma se tumbó sobre ella y la tapó. El hada entró en calor y los dos se durmieron plácidamente.

Un sol resplandeciente apareció, por la mañana, entre los árboles, y los despertó.

Entonces el hada agarró de la cabeza al fantasma con sus manos, agitó sus alas y lo introdujo en el arroyo sin soltarlo. Al cabo de unos minutos, lo sacó, lo extendió sobre la hierba y esperó a que el sol lo secase.

El fantasma quedó blanco y resplandeciente.

-¿Quieres vivir conmigo?- preguntó el hada.

-No sé -contestó el fantasma- A mí me gustaría, pero somos muy diferentes. Yo tengo que ser malo y tú tienes que hacer el bien. ¿Cómo podremos ser amigos?

-Los amigos no tienen que ser iguales -dijo el hada-. Simplemente, tienen que estar cuando el otro lo necesita.

A partir de aquel día, Verenice y el fantasma fueron amigos. Él la cubría todas las noches para darle calor y ella lo lavaba una vez por semana. Fueron felices para siempre, demostrando que el amor de la amistad es más fuerte que todas las diferencias.



Marino Liso

Zaragoza - España - 1958

*Poeta vocacional
residente en Barcelona,
España.*



La casa encantada

A cualquier hora que una se despertara, una puerta se estaba cerrando. De cuarto en cuarto iba, cogida de la mano, levantando aquí, abriendo allá, cerciorándose, una pareja de duendes.

«Lo dejamos aquí», decía ella. Y él añadía: «¡Sí, pero también aquí!» «Está arriba», murmuraba ella. «Y también en el jardín», musitaba él. «No hagamos ruido», decían, «o les despertaremos.»

Pero no era esto lo que nos despertaba. Oh, no. «Lo están buscando; están corriendo la cortina», podía decir una, para seguir leyendo una o dos páginas más. «Ahora lo han encontrado», sabía una de cierto, quedando con el lápiz quieto en el margen. Y, luego, cansada de leer, quizás una se levantara, y fuera a ver por sí misma, la casa toda ella vacía, las puertas quietas y abiertas, y sólo las palomas torcaces expresando con sonidos de burbuja su contentamiento, y el zumbido de la trilladora sonando allá, en la granja. «¿Por qué he venido aquí? ¿Qué quería encontrar?» Tenía las manos vacías. «¿Se encontrará acaso arriba?» Las manzanas se hallaban en la buhardilla. Y, en consecuencia, volvía a bajar, el jardín estaba quieto y en silencio como siempre, pero el libro se había caído al césped.

Pero lo habían encontrado en la sala de estar. Aun cuando no se les podía ver. Los vidrios de la ventana reflejaban manzanas, reflejaban rosas; todas las hojas eran verdes en el vidrio. Si ellos se movían en la sala de estar, las manzanas se limitaban a mostrar su cara amarilla. Sin embargo, en el instante siguiente, cuando la puerta se abría, esparcido en el suelo, colgando de las paredes, pendiente del techo... ¿qué? Yo tenía las manos vacías. La sombra de un tordo cruzó la alfombra; de los más profundos pozos de silencio la paloma torcaz extrajo su burbuja de sonido. «A salvo, a salvo, a salvo...», latía suavemente el pulso de la casa. «El tesoro está enterrado; el cuarto...», el pulso se detuvo bruscamente. Bueno, ¿era esto el tesoro enterrado?

Un momento después, la luz se había debilitado. ¿Afuera, en el jardín quizá? Pero los árboles tejían penumbras para un vagabundo rayo de sol. Tan hermoso, tan raro, frescamente hundido bajo la superficie el rayo que yo buscaba siempre ardía detrás del vidrio. Muerte era el vidrio; muerte mediaba entre nosotros; acercándose primero a la mujer, cientos de años atrás, abandonando la casa, sellando todas las ventanas; las estancias quedaron oscurecidas. Él lo dejó allí, él la dejó a ella, fue al norte, fue al este, vio las estrellas aparecer en el cielo del sur; buscó la casa, la encontró hundida bajo la loma. «A salvo, a salvo, a salvo», latía alegremente el pulso de la casa. «El tesoro es tuyo.»

El viento sube rugiendo por la avenida. Los árboles se inclinan y vencen hacia aquí y hacia allá. Rayos de luna chapotean y se derraman sin tasa en la lluvia. Rígida y quieta arde la vela. Vagando por la casa, abriendo ventanas, musitando para no despertarnos, la pareja de duendes busca su alegría.

«Aquí dormimos», dice ella. Y él añade: «Besos sin número.» «El despertar por la mañana...» «Plata entre los árboles...» «Arriba...» «En el jardín...» «Cuando llegó el verano...» «En la nieve invernal...» Las puertas siguen cerrándose a lo lejos, distantes, con suave sonido como el latido de un corazón.

Se acercan más; cesan en el pasillo. Cae el viento, resbala plateada la lluvia en el vidrio. Nuestros ojos se oscurecen; no oímos pasos a nuestro lado; no vemos a señora alguna extendiendo su manto fantasmal. Las manos del caballero forman pantalla ante la linterna. Con un suspiro, él dice: «Míralos, profundamente dormidos, con el amor en los labios.»

Inclinados, sosteniendo la linterna de plata sobre nosotros, nos miran larga y profundamente. Larga es su espera. Entra directo el viento; la llama se vence levemente. Locos rayos de luna cruzan suelo y muro, y, al encontrarse, manchan los rostros inclinados; los rostros que consideran; los rostros que examinan a los durmientes y buscan su dicha oculta.

«A salvo, a salvo, a salvo», late con orgullo el corazón de la casa. «Tantos años...», suspira él. «Me has vuelto a encontrar.» «Aquí», murmura ella, «dormida; en el jardín leyendo; riendo, dándoles la vuelta a las manzanas en la buhardilla. Aquí dejamos nuestro tesoro...» Al inclinarse, su luz levanta mis párpados. «¡A salvo! ¡A salvo! ¡A salvo!», late enloquecido el pulso de la casa. Me despierto y grito: «¿Es este el tesoro enterrado de ustedes? La luz en el corazón.»

Virginia Woolf

Kensington - Inglaterra - 1882

East Sussex - Inglaterra - 1941

*Cuento publicado en 1944 en el libro
"A Haunted House and Other Short Stories"
(1944)*



El Primordial

Temporada 1: Las Cruzadas

Capítulo 2: En un lugar de Aquitania

Astor observaba con atención un pequeño conejo que moraba a varios metros frente a él. Con un arco en su mano y una flecha en la otra, apuntó a la criatura en su deseo por la comida.

—¡Hermano!, mirad lo que encontré —Tras los gritos de Febo, el conejo huyó y la flecha falló a su objetivo.

—¡Febo! —Le vio con disgusto por encima de su hombro—. Habéis espantado a mi... —dijo observando el par de pescados que sostenía su hermano—. ¿De dónde has sacado eso? —Sonrió.

Ambos seguían el mismo sendero de tierra en busca de un nuevo hogar, huyendo de todo rastro que hubieran dejado tras su paso y adentrándose en tierras que sus ojos desconocían. El bosque ya había convertido sus abetos en frondosos robles, y al pantanoso terreno en un seco pastizal. Cargados de herramientas, alimentos y otros recursos, fijaron su rumbo hacia el cálido amanecer. Aunque su destino era incierto, no lo fue por mucho, el crujir de las carrozas se abrió paso a través del bosque, los muchachos juntaron sus miradas y rápidamente se ocultaron tras los arbustos a la par del camino. Los carruajes pasaban unos tras otros, aliviando los nervios de los hermanos, pero uno de ellos detuvo su marcha.

—¡Alto! —dijo una voz masculina mientras un auriga frenaba el andar. Bajó del carruaje y caminó hacia las matas con su vista aún en el horizonte, a dos pasos de Astor y Febo, cuyos corazones brotaban ya de sus pechos. El hombre desenfundó su espada y la clavó firmemente entre el matorral, bajo el mentón de Febo, ambos se levantaron suavemente al ritmo del acero.

—¿Que hacéis espiando? —parló el inquisidor una vez que su espada irguió a los hermanos por completo.

—Señor, no estábamos siguiéndole, huíamos de...

—De los lobos —Adelantó Astor—. Mataron a nuestra familia mientras viajábamos y ahora no tenemos dónde ir.

—Por favor no nos hagáis daño —Continuó Febo con la mentira de su hermano.

El inquisidor enfundó su espada y sonrió en su seriedad. El resto de su compañía no comprendía la situación, miraban a los huérfanos con asombro y lejanía.

—Denme permiso para presentarme, soy Roberto II, Conde de Blanchefort, ¿habéis dicho no poseer morada donde vivir?

—Así es señor —replicó Astor.

—Eh bien... móntense en la carroza y yo les guiaré a vuestro nuevo hogar.

La propuesta no podía ser rechazada, aunque la duda ante un engaño les consumió por el resto del camino, el cual conducía su sendero hacia las afueras de la garriga, a un amplio prado cuya única característica eran los cultivos de trigo ondeantes al viento.

—Hemos llegado —dijo el Conde mientras miraba por la ventana de la carreta.

Allí mismo no había más que una árida colina, pero detrás de ella, se asomaban las torres del

castillo más grande que los hermanos hubieran visto jamás: Rodeado por angostas murallas de piedra albina, que formaban curvas hacia las distintas torres laterales, abrazando en una pequeña circunferencia a la torre de homenaje y al castillo, ambas estructuras realizadas del mismo material.

Los primeros meses dentro de las murallas fueron complicados, adaptarse al idioma y a un nuevo modo de vida les resultaba muy difícil, aunque los roces con otros aldeanos eran inevitables, estos eran calmados por el simple hecho de ser los ahijados del Conde, quien a cambio de diversos trabajos, les ofrecía las más grandes riquezas que el castillo pudiese dar. Pues incapaz de engendrar un heredero, usó a los hermanos para satisfacer la falta que eso le provocaba, enseñándoles diversos idiomas, ciencias y todo aquello que desease para un hijo. Aunque sus rumbos no cambiaron hasta el día que Roberto vio algo más en ellos.

Febo partió ese día hacia la herrería del castillo con un muy importante mensaje de su tutor entre sus manos, la carta estaba fielmente sellada y con un contenido que solo el Conde habría conocido. Aunque la tranquilidad de Febo le condujo por oscuros callejones, los ojos que le miraban no conservaban la misma paz. Frente a él un grupo de villanos, que recostaban sus cuerpos sobre la orilla de la calle, mientras bebían y jugaban, sintieron ofensiva su presencia. Febo recordó en los ojos de uno de ellos la misma mirada del aquél que asesinó a su padre. Ese hombre dejó su bebida y se levantó caminando rumbo al joven.

—¿Un germano? —dijo el hombre soberbio—. ¿Qué hace uno de ustedes por aquí?, ¡contesta! —Finalizó golpeando con su palma la mejilla de Febo mientras los demás se acercaban al enfrentamiento. Febo, asustado, retrocedió unos pasos sin decir una sola palabra, sin quitar la vista en el rostro de su agresor, quien sostuvo al muchacho del cuello y lo levantó ahorcándole en el aire. Nadie se hallaba en los alrededores, nadie respondía a sus torpes intentos por pedir ayuda. Desesperado, sostuvo sin mucha fuerza la cabeza del agresor con sus manos hasta que sucedió algo totalmente inesperado, débiles llamas comenzaron a brotar quemando su rostro y las manos de Febo a la vez. Los gritos del hombre afloraron una vez que sintió arder su piel, liberando al muchacho y sujetándose fuertemente la cara. El poblado se acercó al escuchar los ruidos, Astor entre ellos, se abalanzó al ver a su hermano en peligro, y al notar el ardiente rostro de aquel hombre decidió no atacar a los otros y dirigirse a él, quien acababa de caer al suelo.

Febo intentó defenderse contra los dos que habían mirado como su amigo se incendiaba, ahora intentaban someterle con todas sus fuerzas apartándolo de su camarada, sin lograr dañarle o derribarle.

Astor, sin importarle otra cosa, arremetió a golpes de puño contra el villano, una y otra vez con el fin de apagar las llamas y encubrir la situación. De entre la multitud, una persona más caminó hacia la pelea, desenfundó la espada y atravesó el cuello de ambos agresores a la vez, salpicando su sangre sobre el rostro de Febo.

—¡Padre! —gritó al haberse liberado de los difuntos brazos que le apresaban.

El Conde le abrazó mientras cruzaba su mirada con la de Astor quien seguía encimado en el villano sin rostro. En ese momento comprendió que estos muchachos no tendrían su destino reinando a su lado, pero quizás podría enseñarles a defenderse ante aquel mundo cruel.

Los años pasaron y el Conde ya estaba concluyendo sus sospechas hacia los hermanos. Aunque nada de lo que pudiese descubrir habría cambiado sus sentimientos hacia ellos. Sabiendo eso, les entrenó en manos de sus mejores caballeros, explotando sus habilidades. Pero un día todo cambió.

Los hermanos caminaban cerca de la recámara real cuando escucharon un grito.

¡No pueden estar haciéndonos esto, quién podría ser tan estúpido como para hacer algo así, no, no entraremos en guerra y no ofreceré mis servicios a nadie!

—Señor, solo soy un mensajero.

Febo acercó un ojo al espacio que dejaban ambas puertas de la recámara. Entre ellas vio a su tutor parado al costado de un mueble, con su mano reposada en él y su mirada reflejando una infinita tristeza.

—Os contraté para que representéis mi voz y me pagáis con esta carta llena de sangre. ¡Retiraos de mi castillo y no regreséis jamás!

La puerta se abrió abruptamente, dejando pasar al mensajero y al Conde por detrás, él miró a los ojos temerosos de Febo, pero se retiró sin respuestas hacia el largo corredor, dejándole como un inmóvil saco de papas. Astor miró la pena que reflejaba su hermano y gritó hacia el pasillo...

—¿Qué sucede, padre?— no hubo respuesta —¿¿Roberto?!

A la mañana siguiente los hermanos fueron despertados por un constante ruido proveniente de las calles, por la ventana, vieron una multitud de gente reunida en la entrada de las murallas.

—En el día décimo del mes de noviembre del año mil noventa y cinco de nuestro señor, por orden de su Excelentísima Majestad, Felipe I, que por prédica de nuestro guía representante del Altísimo, el papa Urbano II quien le ha solicitado esto por la causa justa de la llamada de auxilio del Emperador Alejo I, quien está enfrentando a los turcos, se convoca a la población en general y en particular a aquellos que tengan deseos de unirse a la milicia, que será comandada por los caballeros de este condado para ir en contra del usurpador de tierras, agresor y hereje para recuperar la Tierra Santa, quienes estén capacitados y no se presenten a este noble llamado de vuestro amado rey, serán tenidos a cuenta como gente non grata a la mirada del Santísimo Padre y por lo tanto no recibiréis la bendición...

Las palabras del portaestandarte hicieron vibrar las puertas de los muros.

Los hermanos bajaron rápidamente y encontraron a su tutor entre la gente.

—¿Qué es todo esto, padre? —preguntó Astor.

—Una convocatoria, para participar en la guerra santa —respondió sin ánimo alguno.

—¿Negarás la petición, verdad? —preguntó Febo.

—No puedo —contestó reflejando el dolor más profundo sin mover un músculo de su rostro.

—¿Por qué no? —gritó Astor entre la muchedumbre.

Y un ejército se hizo escuchar tras las murallas con un grito que jamás podrían olvidar los hermanos.

—Esa es la razón— contestó el Conde.

Eric J. Lagarrigue
Tucumán - Argentina - 1993

*Estudiante de
Cinematografía y
escritor enfocado en
la narrativa*



Soledad, ¿a qué has venido?



Soledad, cónyuge de mis errores,
 mera expresividad de mis tragedias,
 amante de mis lágrimas,
 cautelosa mimetiza mi ironía,
 sincera con el tiempo, brutal con las caricias,
 seudónima del amor lejano,
 antónima de la felicidad
 y maestra de lo lúgubre del salón.

Soledad, "es necesario saberlo";
 ¿por qué, mi pena me acobija
 y en lugar de ella estás tú?

Soledad, ahí, en la silla, está su sonrisa,
 tratando de seducir mi lengua,
 y con su cabello desordenado,
 de enredar mis dientes.
 Soledad, no logro ver, más que la sombra,
 que de su espalda cae,
 cuando sus pasos la arrastran,
 y la catarata próxima de mi ojo,
 que nubla sus caderas.

Soledad, inspiración de sus rabietas,
 resueltas en cantos arañadores
 que afilaban las vocales en mis muslos.
 Soledad, inspiración de sus respiros envolventes,
 que dramatizan la perfecta escena de la cama hueca.

Soledad, confusa que me alarga la pausa de la uña
 y trauma las letras, que mis dedos charlatanes
 discuten,
 cuando cerca de la costilla, el corazón tiembla.

Soledad, ahora que el vino se acaba,
 con su sudor llena la botella,
 aunque el inconsciente me enloquezca,
 para que se escape el viento
 y junto a él, mi desahogo,
 indudablemente herido,
 donde me infectó la herida con su silueta.

Soledad, sátira sarcástica
 de mi orgasmo, al imaginar
 la fractura de su pubis,
 cuando mis manos tratan de figurar,
 la poesía descrita por tu ausencia.
 Y te pregunto, Soledad, ¿a qué has venido?

Andrés Sepúlveda García
 Colombia - 1988

*Licenciado en Biología y
 Química.
 Reside en España.
 Poeta.*



De entre valles y crestas...

L

a densa neblina nos ha cambiado el humor en el refugio.
Incluso la noche ha tomado un matiz ceñudo y malhumorado.
Nadie habla más de compromisos, el ambiente espera únicamente el desastre.

De profetas y profecías, se llena la taberna a los albores del final de los tiempos...
Nuestro tiempo, marcado con el quinto sol, es donde las respuestas se antojan lejanas.
Éstas llegarán al final del invierno.

Nadie hace promesas, pero se antojan más las mentiras dueñas de añoranzas,
vestidas en diamantes que emulan arcoíris de esperanza basados en cantata tan
añeja como la mar primordial.

“Dos palabras bellamente unidas”

“Te amo”... ella dice...

“Te amo”... él dice...

“Te amo”...

Así también.

¿Qué sabemos del amor?

Vivimos esperando respuestas a nuestros rezos.

Al menos, para mis rezos no hay aún respuestas.

El cambio del orden, de la noche al amanecer universal oferta un cambio de
espíritu... y aún cómo ayer, me aferro a la resistencia, por miedo de perderte de mi
memoria en el colectivo universal.

Perderte no fue una opción...



Francisco Vernet
México D.F. - 1964

*Médico ortopedista.
Egresado de la UNAM.
Poeta y escritor.*



Por beber una copa de oro

El pueblo de Tintay, situado sobre una colina del Pachachaca, en la provincia de Aymaraes, era en 1613 cabeza de distrito de Colcabamba. Cerca de seis mil indios habitaban el pueblo, de cuya importancia bastará a dar idea el consignar que tenía cuatro iglesias.

El cacique de Tintay cumplía anualmente por enero con la obligación de ir al Cuzco, para entregar al corregidor los tributos colectados, y su regreso era celebrado por los indios con tres días de ancho jolgorio.

En febrero de aquel año volvió a su pueblo el cacique muy quejoso de las autoridades españolas, que lo habían tratado con poco miramiento. Acaso por esta razón fueron más animadas las fiestas; y en el último día, cuando la embriaguez llegó a su colmo, dio el cacique rienda suelta a su enojo con estas palabras:

-Nuestros padres hacían sus libaciones en copas de oro, y nosotros, hijos degenerados, bebemos en tazas de barro. Los viracochas son señores de lo nuestro, porque nos hemos envilecido hasta el punto de que en nuestras almas ha muerto el coraje para romper el yugo. Esclavos, bailad y cantad al compás de la cadena. Esclavos, bebed en vasos toscos, que los de fino metal no son para vosotros.

El reproche del cacique exaltó a los indios, y uno de ellos, rompiendo la vasija de barro que en la mano traía, exclamó:

-¡Que me sigan los que quieran beber en copa de oro!

El pueblo se desbordó como un río que sale de cauce, y lanzándose sobre los templos, se apoderó de los cálices de oro destinados para el santo sacrificio.

El cura de Tintay, que era un venerable anciano, se presentó en la puerta de la iglesia parroquial con un crucifijo en la mano, amonestando a los profanadores e impidiéndoles la entrada. Pero los indios, sobreexcitados por la bebida, lo arrojaron al suelo, pasaron sobre su cuerpo, y dando gritos espantosos penetraron en el santuario.

Allí, sobre el altar mayor y en el sagrado cáliz, cometieron sacrílegas profanaciones.

Pero en medio de la danza y la algazara, la voz del ministro del Altísimo vibró tremenda, poderosa, irresistible, gritándoles:

-¡Malditos! ¡Malditos! ¡Malditos!

La sacrílega orgía se prolongó hasta media noche, y al fin, rendidos de cansancio, se entregaron al sueño los impíos.

Con el alba despertaron muchos sintiendo las angustias de una sed devoradora, y sus mujeres e hijos salieron a traer agua de los arroyos vecinos.

¡Poder de Dios! Los arroyos estaban secos.

Hoy (1880) es Tintay una pobre aldea de sombrío aspecto, con trescientos cuarenta y cuatro vecinos, y sus alrededores son de escasa vegetación. El agua de sus arroyos es ligeramente salobre y malsana para los viajeros.

Entre las ruinas, y perfectamente conservada, encuentre en 1804 una efigie del Señor de la Exaltación, a cuya solemne fiesta concurren el 14 de septiembre los creyentes de diez leguas a la redonda.

Ricardo Palma
Lima - Perú - 1833-1919

*Este relato pertenece a la
tercera serie de sus
"Tradiciones peruanas"
publicada en 1875*



La exagerada

en "Nadie muere mocho"

(RUIDO DE PUERTA)

Adalberto: (CON VOZ DE CANSADO) Hola, mi amor. ¡Estoy muerto!

María José: (ASUSTADA) ¡Pensé que no venías hoy! ¿Qué hacés acá? Este... digo... (FINGIENDO ALEGRÍA) ¡Al fin llegás! ¿Qué pasó que viniste tan de noche? (FINGIENDO CELOS) ¡No será que andas con esa secretaria tuya, ¿no?! ¡Mira que te llamé hoy y me dijo (CON VOZ SEXI) "el patroncito va a trabajar toda la noche; así que por favor no lo moleste", haciéndose la de la voz sexi!

Adalberto: ¿Qué te pasa? ¿Celosa? ¡Además, no molestes a mi secretaria que trabaja como los dioses, eh!

María José: ¿Ah, sí? ¿Tan buena es?

Adalberto: ¡Si supieras los trabajos que hace esta... digo... que hacemos, que hacemos todos en la oficina! ¡Nos la pasamos laburando! (INSINUANTE) ¡Se labura lindo ahora en la oficina!

María José: ¡Pero casualidad que llegás tarde desde que cambiaste de secretaria! ¡Por qué tenés que llegar tan tarde siempre! ¡Con tu secretaria anterior nunca llegabas tarde! ¡Al contrario: tratabas de venirte temprano siempre!

Adalberto: ¡Pero era una vie... una señora mayor! ¡Mira si me voy a quedar apret... trabajando, trabajando hasta tarde con una pobre señora mayor! ¡Yo me venía temprano así ella se podía ir a descansar! ¿Entendés? Además ¡Deberías agradecer que llego tarde siempre! ¿Quién te pensás que te paga ese perfume que traés puesto?

María José: (SUSURRANDO) Siempre agradezco que llegués tarde...

Adalberto: ¿Cómo?

María José: ¡Que siempre agradezco los perfumes que me regalás!

Adalberto: A propósito... ¿Fuiste a algún lado, que estás tan arreglada?

María José: ¡Yo siempre estoy arreglada! (NERVIOSA) ¡¿O necesito alguna razón para estar arreglada?!

Adalberto: ¡Y; con lo que tardas en arreglarte, parece venís de una fiesta!

María José: (SUSURRANDO) ¡Sí, de una fiesta loca!

Adalberto: ¿Cómo?

María José: (FINGIENDO ESTAR OFENDIDA) ¡Que estás loco! ¿Cómo vas a decir eso? ¡Yo no vengo de ninguna fiesta con... con nadie! ¡¿Cómo vas a insinuar eso?!

Adalberto: ¡Bueno, che! ¡¿Por qué te enojás tanto?! ¡Era un comentario, nomás! ¡Me puedo equivocar, yo; ¿no?! ¡Es que te vi tan linda, tan arreglada que...!

María José: (ALEGRE) ¡Ay, gracias! ¡Pero qué cosas decís! Aunque tenés razón: Estoy muy,

muy, pero muy, linda.

Adalberto: En serio ¿Adónde ibas?

María José: A ningún lado ¿por qué?

Adalberto: ¡Porque te pusiste perfume como para aromatizar un basural!

María José: *(SORPRENDIDA)* ¡Ah, sí... Este...! *(HACIÉNDOSE LA OFENDIDA)* ¡¿Ves que nunca te acordás de mí?! *(LLORA FALSAMENTE)* ¡Vos y yo íbamos a salir!

Adalberto: ¡¿Qué?! ¿En serio? ¿A dónde íbamos a salir?

María José: Íbamos a salir allá al... a ese... ¡restorán! ¡Al restorán del centro, al que fuimos hace un mes! ¿Te acordás?

Adalberto: ¿Vos estás segura? ¡Yo no me acuerdo, eh!

María José: ¡Vos me prometiste que íbamos a salir! ¡Quedamos en salir a comer! ¡Dale, dale que se nos hace tarde!

Adalberto: Bueno, pero estoy cansado. Dejame que descanse.

María José: ¡Me diste tu palabra! ¡Me llevás al restorán y se acabó!

Adalberto: ¡Bueno, pero espera que llegue a la pieza y me cambie aunque sea!

María José: ¡No, no! ¡Así estás bien, así estás lindo! ¡Vamos, vamos que perdemos la reservación!

Adalberto: ¡Bueno! ¡Pero al menos dejame ir al baño!

María José: ¡No, no! ¡Al baño, no!

Adalberto: ¿Por qué al baño no?

María José: ¡Todavía no lo limpié y es un desastre! ¡Vamos que se nos hace tarde!

Adalberto: ¡Pero tengo que ir al baño!

María José: ¡Se nos hace tarde, vámonos de una vez! ¡Vas al baño del restorán y listo!

Adalberto: ¡Ok, ok!

(RUIDO DE PUERTA QUE SE ABRE)

(RUIDO DE MOTOR DE AUTO)

María José: *(SUSURRANDO)* ¡Chau, chicos! Ya me lo llevo. Cuando se vayan, me cierran con llave y dejan el llavero debajo de la maceta ¿ok? *(FELIZ)* ¡la pasé bomba!

Victor G. Pardo

Lomas de Zamora - Argentina - 1984

*Guionista y escritor
de cuento y poesía.*



Dan - Auta

Una vez, hace mucho tiempo, en un tiempo que está en la espalda del tiempo, se casó un hombre con una mujer. Solos se fueron al bosque, cultivaron la tierra y se hicieron cuanto necesitaban. Tuvieron una hija que llamaron Sarra. Pasaron soles y soles, y cuando Sarra era ya moza, tuvieron otro hijo, tan pequeño, que le llamaron Dan-Auta. Poco después el padre enfermó. "Me muero" -se dijo el padre, y llamó a Sarra-; "Me muero" -le dijo el padre-. "Dan-Auta queda junto a ti. No le abandones y, sobre todo, cuida de que Dan-Auta no llore nunca". El padre dijo esto y se murió.

Poco después la madre enfermó. "Me muero" -se dijo la madre, y llamó a Sarra-: "Me muero" -dijo a Sarra la madre-. "Dan-Auta queda junto a ti. No le abandones y, sobre todo, cuida de que Dan-Auta no llore jamás". La madre dijo esto y se murió.

Permanecieron solos en el bosque Sarra y Dan-Auta. Pero les quedaba un granero lleno de harina del árbol del pan, y un granero lleno de habichuelas, y un granero lleno de sargo. Sarra dijo: "Con esto tendremos bastante para alimentarnos hasta que Dan-Auta sea hombre y pueda cultivar la tierra".

Sarra se puso a moler maíz para hacer comida. Cuando tuvo la harina delgada, la puso en una calabaza y la llevó a la choza para cocerla. Luego salió a buscar leña, dejando solo a Dan-Auta que, menudillo, se arrastraba por el suelo y apenas podía tenerse sobre los pies. Dan-Auta se aburría, y acercándose a la calabaza, la volcó; luego tomó ceniza del hogar y la mezcló con el maíz. Cuando Sarra volvió, al ver lo que Dan-Auta había hecho, exclamó: "¡Ay, Dan-Auta mío! ¿Qué has hecho? ¿Has tirado la harina que íbamos a comer? Dan-Auta comenzó a sollozar. Pero Sarra dijo en seguida: "¡No llores, no llores, Dan-Auta! Tu Baba (padre) y tu Inna (madre) dijeron que no lloreses nunca".

Sarra volvió a salir y Dan-Auta a aburrirse. En el hogar llameaba un tizón. Dan-Auta lo tomó, y, arrastrándose fuera de la choza, puso fuego al granero de maíz, y al granero de harina del árbol del pan, y al granero de habichuelas, y al granero de sargo. En esto llegó Sarra, y, viendo todas las despensas consumidas por el fuego, gritó: "¡Ay, Dan-Auta mío! ¿Qué has hecho? ¿Has quemado todo lo que teníamos para comer? ¿Cómo viviremos ahora?"

Dan-Auta, al oírla, comenzó a sollozar; pero Sarra se apresuró a decirle: "¡Dan Auta mío, no llores! Tu padre y tu madre me dijeron que no lloreses nunca. Has quemado cuanto teníamos; pero ven, ya buscaremos qué comer".

Sarra colocó a Dan-Auta en su espalda y, sujetándolo con su vestido, echó a andar por el bosque. Sarra encontró un camino y por él caminó hasta llegar a una ciudad. Acertó a pasar por el barrio del rey. La primer mujer del rey los recibió y se quedaron a vivir con ella. Cada día les daba de comer.

Sarra llevaba siempre a Dan-Auta atado a su espalda. Las otras mujeres le decían: "Sarra, ¿por qué llevas siempre a Dan-Auta sobre tu espalda? ¿Por qué no le pones en el suelo y le dejas jugar como los otros chicos?" Y Sarra respondía: "Dejadme hacer mi hacer. El padre y la madre de Dan-Auta han dicho que no llorase nunca. Mientras lleve a Dan-Auta sobre mí, no llorará. Tengo que cuidar de que Dan-Auta no llore".

Un día dijo Dan-Auta: "Sarra, yo quiero jugar con el hijo del rey". Sarra entonces lo puso en tierra, y Dan-Auta jugó con el hijo del rey. Sarra tomó un cántaro y salió por agua. En tanto, el hijo del rey cogió un palo y Dan-Auta cogió otro palo. Ambos jugaron con los palos. El hijo del rey y Dan-Auta se pusieron a darse de palos. Dan-Auta, de un palo, le sacó un ojo al hijo del rey, y el hijo del rey quedó tendido.

En esto Sarra llegó. Vio que Dan-Auta había sacado un ojo al hijo del rey. Nadie estaba presente.

El hijo del rey comenzó a gritar. Sarra dejó el cántaro y tomando a Dan-Auta, salió de la casa, salió del barrio del rey, salió de la ciudad todo lo de prisa que pudo.

Nadie estaba presente cuando Dan-Auta sacó el ojo al hijo del rey: pero el niño gritó. El rey, al oírlo, preguntó: "¿Por qué llora mi hijo?" Sus mujeres fueron a ver lo que ocurría, y al notar la desgracia, comenzaron a gritar. Oyó el rey los gritos de sus cuarenta mujeres y acudió presuroso. "¿Qué es esto? ¿Quién ha hecho esto?" -preguntó el rey-. Y el hijo del rey repuso: "Dan-Auta".

"¡Salid! -dijo entonces a sus guardianes-. ¡Id por toda la ciudad! ¡Buscad por toda la ciudad a Sarra y Dan-Auta!" Los guardias salieron y miraron casa por casa, pero en ninguna hallaron lo que buscaban. En vista de ello, el rey llamó a sus gentes; llamó a todos sus soldados, llamó a los de a pie y a los de a caballo, y les dijo: "Sarra y Dan-Auta han huido de la ciudad. Busquémoslos en el bosque. Yo mismo iré con los de a caballo para buscar a Sarra y Dan-Auta.

Dos días seguidos había corrido Sarra con Dan-Auta al lomo. Al cabo de ellos no podía más y justamente entonces oyó que el rey y sus caballeros llegaban en su busca. Había allí un árbol muy grande, y Sarra dijo: "Subiré al árbol y así podré ocultarme entre las hojas con Dan-Auta".

Subió, en efecto, al árbol, con Dan-Auta a su espalda, y se ocultó en la tupida fronda. Poco después llegaba junto al árbol el rey con los caballeros. "He cabalgado dos días -dijo- y estoy cansado; poned mi silla de cañas bajo el árbol, que quiero descansar". Así lo hicieron sus hombres, y el rey se tendió en su silla, bajo la rama donde Sarra y Dan-Auta reposaban.

Dan-Auta se aburría, pero vio al rey allá abajo, y dijo a Sarra: "¡Sarra!" Sarra dijo: "¡Calla, Dan Auta, calla!" Dan-Auta comenzó a sollozar. Sarra se apresuró a decirle: "¡No llores, Dan-Auta, no llores! Tu padre y tu madre me dijeron que no llorases nunca. Di lo que quieras". Dan-Auta dijo "Sarra, quiero hacer pis. Quiero hacer pis encima de la cabeza del rey". Sarra exclamó: "¡Ay, Dan-Auta, nos matarán si haces eso; pero no llores y haz lo que quieras!"

El rey miró entonces a la pompa del árbol. Vio a Sarra, vio a Dan-Auta, y gritó: "Traed hachas y echemos abajo el árbol". Sus gentes corrieron y trajeron hachas. Comenzaron a batir el árbol. El árbol tembló. Luego dieron golpes más profundos en el tronco. El árbol vaciló. Luego llegaron a la mitad del tronco y el árbol empezó a inclinarse. Sarra dijo: "Ahora nos prenderán y nos matarán". Un gran churua -un gavián gigante- voló entonces sobre el bosque, y vino a pasar cerca del árbol donde Sarra y Dan-Auta reposaban. Sarra vio al churua. El árbol se inclinaba, se inclinaba. Sarra dijo al churua: "¡Churua mío! Las gentes del rey van a matarnos, a Dan-Auta y a mí, si tú no nos salvas". Oyó el churua a Sarra y acercándose puso a Sarra y a Dan-Auta sobre su espalda. El árbol cayó y el pájaro voló con Sarra y Dan-Auta. Voló muy alto sobre el bosque, siguió volando hacia arriba, siempre hacia arriba. Dan-Auta miraba al pájaro; vio que movía la cola como un timón, y se entretuvo observándola bien. Pero luego Dan-Auta se aburría, y dijo: "¡Sarra!" Sarra repuso: "¿Qué más quieres, Dan-Auta?" Y como Dan-Auta sollozase, añadió: "No llores, no llores, que padre y madre dijeron que no lloraras. Di lo que quieras". Dan-Auta dijo: "Quiero meter el dedo en el agujero que el pájaro lleva bajo la cola". Dijo Sarra: "Si haces eso, el pájaro nos dejará caer y moriremos; pero no llores, no llores, y haz lo que quieras".

Dan-Auta introdujo su dedo donde había dicho. El pájaro cerró las alas. Sarra y Dan-Auta cayeron, cayeron de lo alto.

Cuando Sarra y Dan-Auta estaban ya cerca de la tierra, comenzó a soplar un gran gúgú, un torbellino. Sarra lo vio y dijo: "¡Gúgú mío! Vamos a caer en seguida contra la tierra, y moriremos si tú no nos salvas". El gúgú llegó, arrebató a Sarra y Dan-Auta, y transportándolos a larga distancia, los puso suavemente en el suelo. Era aquel sitio un bosque de una comarca lejana.

Sarra avanzó por el bosque con Dan-Auta y encontró un camino. Caminando el camino llegaron a una gran ciudad, a una ciudad más grande que todas las ciudades. Un fuerte y alto muro la rodeaba. En el muro había una gran puerta de hierro que era cerrada todas las noches, porque todas las noches, apenas moría la ciudad, aparecía un terrible monstruo: un Dodo. Este Dodo era alto como

un asno, pero no era un asno. Este Dodo era largo como una serpiente gigante, pero no era una serpiente gigante. Este Dodo era fuerte como un elefante, pero no era un elefante. Este Dodo tenía unos ojos que dominaban en la noche como el sol en el día. Este Dodo tenía una cola. Todas las noches el Dodo se arrastraba hasta la ciudad. Por esta razón se había construido el muro contra la gran puerta de hierro. Por ella entraron Sarra y Dan-Auta. Tras el muro, junto a la puerta, vivía una vieja. Sarra les pidió que los amparase. La vieja dijo: "Yo os ampararé. Pero todas las noches viene un terrible Dodo ante la ciudad y canta con una voz muy fuerte. Si alguien le responde, el Dodo entrará en la ciudad y nos matará a todos. Cuida, pues, de que Dan-Auta no grite. Con esta condición, yo os ampararé."

Dan-Auta oía todo esto. Al día siguiente fue Sarra al interior de la ciudad para traer comida. Entre tanto, Dan-Auta buscó ramas secas y pequeños trozos de madera, que encontró junto al muro. Luego corrió por la ciudad y donde veía un makodi, piedra redonda con que se machacaba el grano sobre una losa, lo cogía. Así reunió cien makodis. Luego se dijo: "Sólo necesito unas tenazas". Y andando por la ciudad vio unas abandonadas. Junto al muro donde había amontonado la leña, colocó los makodis y ocultas bajo ellos, las tenazas. Nadie advirtió la faena del pequeño Dan-Auta.

A la vuelta, Sarra le dijo: "Entra en seguida en la casa, Dan-Auta, porque pronto vendrá el terrible Dodo y puede matarnos". Dan-Auta repuso: "Yo quiero quedarme hoy fuera". Sarra dijo: "Entra en casa". Dan-Auta comenzó a sollozar: pero Sarra le dijo inmediatamente: "Dan_Auta mío, no llores. Tu padre y tu madre dijeron que no llorases nunca. Si quieres quedarte fuera, quédate fuera". Sarra entró en la casa donde estaba la vieja.

Dan-Auta permaneció fuera, sentado ante la casa de la vieja. Todas las gentes de la ciudad estaban en sus casas y habían cerrado tras de sí las puertas. Sólo Dan-Auta quedaba a la intemperie. Corrió al lugar donde había puesto la leña y le prendió fuego. Los makodis en el fuego se pusieron ardientes como ascuas.

En esto se sintió que llegaba el Dodo. Subió al muro Dan-Auta, y vio al monstruo que venía a lo lejos. Sus pupilas brillaban como el sol y como incendios. Dan-Auta oyó al Dodo que con una voz terrible, cantaba:

-¡Vuayanni agarinana ni Dodo! ¡Quién es en esta ciudad como yo, Dodo?

Cuando Dan-Auta oyó esto, cantó a su vez desde el muro con todas sus fuerzas hacia el Dodo: "¡Naiyakay agarinana naiyakay ni Auta! Yo soy como tú en esta ciudad; yo soy como tú; yo, Auta".

Cuando oyó esto el Dodo, se acercó a la ciudad. Llegó muy cerca, muy cerca, y cantó: "¡Vuayanni agarinana ni Dodo!"

Al cantar esto el Dodo, los árboles se estremecían en el aire, y la hierba seca empezó a arder. Pero Dan-Auta contestó: "¡Naiyakay agarinana naiyakay ni Auta!"

Al oír esto el Dodo, se alzó sobre el muro. Dan-Auta bajó corriendo y se fue junto al fuego, donde relumbraban como ascuas los makodis ardientes.

El Dodo entonces cantó de nuevo con voz más terrible que nunca, y Dan-Auta una vez más le contestó. Todos los hombres en la ciudad temblaron dentro de sus casas al oír tan cerca la horrible voz del monstruo. Más fiero que nunca, el Dodo comenzó a repetir su canto:

"¡Vuayanni!..."

Pero al abrir sus fauces para este grito, Dan-Auta le lanzó con las tenazas diez makodis ardientes, que le abrasaron la garganta. Enronquecido gritó el Dodo:

"¡Agarinana!..."

Pero Dan-Auta le hizo tragar otros diez makodis incendiados, que le hicieron prorrumpir un gran quejido. Entonces, con voz débil, siguió:

"Ni Dodo"

Y Dan-Auta, aprovechando la abertura de las fauces, le envió el resto de los makodis. El Dodo se retorció y murió, mientras Dan-Auta, subiendo al muro, cantó:

"Naiyakay agarinana naiyakay ni Auta".

Luego con un cuchillo que había dejado fuera de la casa, cortó al Dodo la cola y, ocultándola en un morralillo, entró con ella en la habitación de la vieja; se deslizó junto a Sarra y se durmió.

A la mañana siguiente salían de sus casas cautelosamente los habitantes de la ciudad. Los más decididos fueron a ver al rey. Él preguntó: "¿Qué ha sido lo que esta noche ha pasado?"

Ellos respondieron: "No lo sabemos. Por poco no nos morimos de miedo. La cosa ha debido ocurrir junto a la puerta de hierro". Entonces el rey dijo a su Ministro de Cazas: "Ve allá y mira lo que hay".

El Ministro de Cazas fue allá, y, subiendo, medroso, al muro, vio al Dodo muerto. Corriendo volvió al rey y dijo: "Un hombre poderoso ha matado al Dodo". Entonces el rey quiso verlo, y cabalgó hasta el muro. Vio al monstruo tendido y sin vida. El rey exclamó: "En efecto, el Dodo ha sido muerto y le han cortado la cola. ¡Busquemos al valiente que lo ha matado!"

Un hombre que tenía una yegua, la mató y le cortó la cola. Otro hombre que tenía una vaca, la mató y le cortó la cola. Otro que tenía un camello, lo mató y le cortó la cola. Cada uno de ellos fue al rey y mostró la cola de su animal como si fuese la del Dodo. Pero el rey conoció el engaño, y dijo: "Todos sois unos embusteros. Vosotros no habéis muerto al Dodo. Yo y todos hemos oído en la noche la voz de un niño. ¿Vive por aquí cerca, junto a la puerta de hierro, algún niño extranjero?"

Los soldados fueron a casa de la vieja y preguntaron: "¿Vive aquí algún niño forastero?" La vieja respondió: "Conmigo viven Sarra y Dan-Auta". Los soldados fueron a Sarra y preguntaron: "Sarra, ¿ha matado al Dodo el pequeño Auta?" Sarra respondió: "Yo no sé nada; pregúntenselo a él". Entonces fueron los soldados a Dan-Auta y le preguntaron: "Dan-Auta, ¿has matado tú al Dodo? El rey quiere verte". Dan-Auta no respondió. Tomó su morralillo y fue con los soldados ante el rey. Abrió el morralillo y, sacando la cola del Dodo, la mostró al Rey. Entonces el Rey dijo: "Sí, Dan-Auta ha matado al terrible Dodo".

El Rey dio a Dan-Auta cien mujeres, cien camellos, cien caballos, cien esclavos, cien casas, cien vestidos, cien ovejas y la mitad de la ciudad.



José Ortega y Gasset

Madrid - España - 1883 - 1955

El relato precedente fue publicado en 1925 en "El Espectador".

Se le atribuye su autoría, aunque existe una polémica referente a que se trata de una antigua historia transmitida oralmente en África Occidental.

La congruencia con el pensamiento del filósofo y ensayista español, apoya la primera tesis.

Aún como ayer...

El atardecer ha llegado, y con él, la esperanza del reencuentro. Aún hoy el color de tu voz llena el espacio que permanece al resguardo del infinito suspiro, de la nota que apunta la sílaba musical del ruiseñor, que al alba canta la llegada del día que hoy muere. Tu cálido color de voz me cobija, y en su tonalidad infinita de matices, difumina la espesa amargura de la espera, que junto con la bruma del atardecer mancha de ansiedad la espera de tu anunciada llegada.

Al paso de la ardiente luz del atardecer en el horizonte, mil sombras caminan frente a mi ventana. Algunas de ellas parecen detenerse al pie de mi cama para contemplarme en silencio, muchas otras, simplemente siguen su camino de prisa como si advirtieran tu inminente llegada junto con la noche... o quizá, éstas sencillamente prefirieron ignorarme. Por un momento, cerca de la ventana, el aleteo de un ruiseñor me distrae de mis efímeros visitantes. El ave se posa al corte de la ventana, toma su tiempo, y con movimientos inquietos me mira con desdén presumiéndome de su vitalidad. Con su mirar impaciente aletea al tiempo que emprende el vuelo, hacia el horizonte. Sólo queda el eco de su canto, contenido en esa sílaba musical que aún hoy, evoca el color de tu voz.

La intensidad de luz que entra por mi ventana ha disminuido dramáticamente. Ha empezado a llover. Al aroma de la tierra, humedecida por la lluvia, se abre paso entre las rendijas de las ventanas, para violar la intimidad de mis sentidos, evocando en mi memoria el exquisito y único aroma de tu perfume mezclado con el suave acento del bosque, que nos acompañaba en nuestros largos paseos vespertinos de campiña. Aún hoy, en mi postración, puedo percibir y revivir claramente el aroma de tu perfume invadiendo mis sentidos... llenando de alegre nostalgia mi marchita existencia. ¡Maldita la agonía que nos mantiene tan lejos y tan cerca! Que incómoda resulta esta terrenal fragilidad que nos mantiene en el hito desenlace de la espera... Tu color de voz, mi vida, el anhelo de la calma y la paz en el cobijo de tu regazo.

Al tiempo de la lluvia, miles de enormes gotas de agua se estrellan intempestivamente contra mi ventana, como si pretendieran robar la leve intimidad que me queda. El constante golpeteo de las gotas de lluvia al estrellarse contra mi ventana se sincroniza con la alarma del monitor que vigila el registro invariable de mis constantes vitales. En mi brazo, el cintillo del monitor que me ata a la mundana levedad de mi marchito ser, se confabulan con las diversas sondas de invasión corpórea que registran en verde carmesí el latir de mi cansado ser, en la impenetrable negrura de su indiferente pantalla. Ahora en verde, alternando en amarillo resumen el contraste de colores que detalla cada una de las cifras que marcan mis constantes vitales... Vida, que rápido se dice, y que lento transcurre cuando ésta depende del cintillo de un ventilador.

Únicamente la insolente luz plateada de los relámpagos que irrumpen en mi habitación, rompe la sincronía de colores en la pantalla del monitor. Destellos de luz y sombras danzan contemplativamente en mi habitación, que al danzar cadenciosamente, articulan siluetas que inundan mis sentidos con destellos de añoranza. Tú... siempre Tú, al final de todo. Tú... por

sobre todo, Tú. Tu imagen tan vívida como ahora. El calor de tu piel. El suave roce de tu mano es el dulce consuelo en la promesa de la eternidad. Te miro, me miras. Sonreímos al futuro como niños gozando la sorpresa en la novedad del juguete recién llegado.

Ha dejado de llover. Permanece el aroma a tierra húmeda que se filtra por entre la rendija de la ventana llenando hasta el último rincón de mi memoria con añoranzas, donde predominan el color de tu voz y la calidez de tu sonrisa. Te siento tan cerca como otrora. Huelo paz. Incluso percibo el olor de café en la cercanía. Mis sentidos parecen haber renacido. Te oigo... tu sonrisa es tan cercana. Tu calor tan latente. El miedo de la distancia que nos separa no existe más. Te abrazo, te acepto, me aferro a ti... ahora más que nunca. Sería inútil pedir al tiempo un espacio para la reconciliación. Irremediablemente me entrego a ti... mi gran amada. Tu aroma se mezcla nuevamente con el de la tierra humedecida por la lluvia.

El atardecer quedó atrás, y la noche finalmente encontró su camino. Siento frío. Puedo oír como el viento sopla intensamente fuera de mi ventana. Cercanos destellos de luz irrumpen por mi ventana... dibujando conocidas sombras que en una rápida intrusión parecen despedirse. El tiempo parece confabularse, y pausado intencionadamente, para prolongar el espacio de una última visita entre grandes amigos. Inesperadamente, una corriente de viento helado corre por mi espalda arqueando y convulsionando mi fatigado organismo; Al mismo tiempo que la alarma del monitor emite un sonido irritante, chillante y sostenido que irrumpe dentro de mi cabeza causándome embebecimiento. El botón rojo intermitente pulsa sincrónicamente al ritmo del chillido de la alarma. Mil luces se encienden a mí alrededor. Un tumulto de gente que va y viene. Una avalancha humana que se vuelca dentro de mi alcoba. Una inmensidad de voces voraces interminable que culmina con la simple orden sonora que pide fijar la hora del deceso. Súbitamente un breve espacio de silencio se abre. En mí, no hay más dolor. Inspiro profundamente en pos del alivio, y una sensación de paz llena mis entrañas. A lo lejos una voz tenue consuela a quien en llanto ahogado pide tiempo para enfrentar el esperado término de una larga agonía. Suspiros de alivio. Suspiros de adiós.

Todo a mí alrededor se desvanece, y parece alejarse. Entreabro mis ojos, y al pie de mi cama tu pálida silueta dibuja una afable sonrisa. No queda más. Sólo somos tú y yo al final. Tu mano se alza hacia mí, invitándome hacia el túnel de luz que te enmarca. Tomado de tu mano, a tu lado, abrazo nuestra estancia final. Te abrazo, y **AÚN COMO AYER...** TÚ, mi más fiel acompañante. **Muerte**, tu eres mi añorada amada.

Francisco Vernet
México D.F. - 1964

*Médico ortopedista.
Egresado de la UNAM.
Poeta y escritor.*

